

BOLETÍN DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA

BOLETÍN DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA

La INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA es completamente ajena á todo espíritu é interés de comunión religiosa, escuela filosófica ó partido político; proclamando tan sólo el principio de la libertad é inviolabilidad de la ciencia y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia del Profesor, único responsable de sus doctrinas.—(Art. 15 de los *Estatutos*.)

Hotel de la *Institución*.—Paseo del Obelisco, 8.

El BOLETÍN, órgano oficial de la *Institución*, publicación científica, literaria, pedagógica y de cultura general, es la más barata de las españolas, y aspira á ser la más variada.—Suscripción anual: para el público, 10 pesetas; para los accionistas y maestros, 5.—Extranjero y América, 20.—Número suelto, 1.—Se publica una vez al mes.

Pago, en libranzas de fácil cobro. Si la *Institución* gira á los suscritores, recarga una peseta al importe de la suscripción.—Véase siempre la *Correspondencia*.

AÑO XXVIII.

MADRID, 31 DE DICIEMBRE DE 1904.

NÚM. 537.

SUMARIO

Rafael Torres Campos.

PEDAGOGÍA

O plano da instrução geral na Roma antiga, por el *Dr. F. A. Coelho*.—Un curso de Stammler, por *D. José Castillejo y Duarte*.—Revista de revistas, por *D. J. Ontañón*.—Sumarios de revistas pedagógicas.

ENCICLOPEDIA

La vida de los astros, por *D. Augusto G. de Linares*.

RAFAEL TORRES CAMPOS

Llegado á la madurez de su espíritu, cuando derramaba en su país los valiosos frutos de una vida infatigablemente consagrada al trabajo científico, á su propaganda, á la educación por la idea y por el ejemplo, ha muerto nuestro compañero Rafael Torres Campos, en país extranjero, aunque amigo para él, rodeado de su familia, pero lejos de sus amigos, de sus discípulos, de esa otra numerosísima familia espiritual que debe á su dirección ó á su cariño tanta tranquilidad, tanto noble goce, tanta honrada satisfacción.

Es imposible que hoy nuestro pobre, desamparado país se dé cuenta de la pérdida sufrida. Multiplicó su esfuerzo en tan variadas actividades, que asombra, no sólo lo intenso, sino lo fecundo de su trabajo.

Fué geógrafo, y por él se incorporaron á

la mente española las obras, los descubrimientos, los adelantos de la ciencia geográfica universal, y por él, por sus mapas, encuentra hoy nuestra juventud más fácil el conocimiento de nuestro globo.

Fué historiador, y por sus investigaciones se han puesto en claro problemas de nuestra política exterior y el carácter de la conquista de tierras que aún nos pertenecen.

Fué militar, y llevó al ejército proyectos de enseñanza, y fué maestro para formar oficiales, y consejero para la resolución de cuestiones complejas y casos dudosos, y organizador de laboratorios, é iniciador de reformas, muchas de las cuales, las adoptadas, atestiguan su previsión y sus estudios.

Fué pedagogo, y sus discípulos, diseminados por toda España, conservan de sus lecciones, más aún que el valioso caudal científico, el amor y el interés por la propia cultura y una dirección ideal educadora, que caracteriza la obra fecunda del maestro.

Fué más que todo esto: un altruísta, el amigo de todos, el servidor de cuantos le pedían ayuda ó consejo.

Y entre nosotros, en la *Institución Libre de Enseñanza*, fué de los trabajadores de la primera hora en nuestra escuela, con lecciones que no olvidarán nunca nuestros antiguos alumnos; fué de los organizadores de nuestros planes y programas, como secretario de la Junta facultativa, en el período de mayor actividad, de los tanteos y ensayos; y fué, sobre todo esto, uno de los directores que mayor impulso dieron á las excursiones y viajes escolares de nuestro centro, no sólo dirigiendo personalmente muchísimos, sino recabando la cooperación de los más valio-

esos elementos para obra tan nueva en nuestro país.

Sus amigos han comenzado á rendir cariñoso tributo á su memoria y á su obra. Nada mejor puede hacer el BOLETÍN para honrarla que recoger algunas de esas manifestaciones tan sentidas y tan verdaderas.

I

D. Adolfo Posada dijo en la velada necrológica que organizó el Centro del Ejército y de la Armada (1).

«Don Rafael Torres Campos tenía una personalidad originalísima y saliente. No basta para comprender su labor científica conocer sus trabajos, leer sus discursos y memorias, recordar sus fecundas enseñanzas; todo esto, con ser mucho, no da idea de lo que en la cultura nacional representó nuestro sabio compañero.

Verdad es que no hizo él nada por que ese lado íntimo de su labor, ese aspecto de su actividad, alcanzase el relieve necesario. Torres Campos figuró en vida en la benemérita legión de los modestos y silenciosos. Sus exhibiciones fueron contadísimas y siempre obligadas. Era de aquellos á quien alude el profesor Sela en este párrafo: «Silenciosamente, huyendo del brillo fugaz y de la gloria deleznable, con la vista siempre fija en un ideal elevado, van poco á poco esos utilísimos obreros haciendo su fecundísima labor. No se pagan de vanas exterioridades, ni las pompas mundanas les seducen, ni el desdén del vulgo los contraría, ni los amedrenta la animadversión de los espíritus mezquinos. Miran las cosas desde muy alto y consagran lo que son y lo que valen á la ciencia y á la patria, prescindiendo sin esfuerzo de todo otro interés» (2).

Lo cual no obsta para que á esos trabajadores silenciosos deba España la parte más sólida y fundamental de su cultura; ellos son la esperanza de un renacer salvador del espíritu nacional dormido.

(1) Centro del Ejército y de la Armada.— *Velada necrológica en honor de D. Rafael Torres Campos*.—Madrid, Velasco, 1904.

(2) *Un geógrafo español. D. Rafael Torres Campos, en La España Moderna*.—Febrero 1902, página 101.

Pero ¿cómo era Torres Campos? ¿Cómo era por dentro, en lo íntimo de su espíritu? Y ¿qué relación puede establecerse entre su persona y su obra científica?

Torres Campos fué en vida lo que llamamos *un carácter*; á mi ver, realizó cierto ideal del carácter; era, en efecto, un hombre de imperativo categórico, que vivió rindiendo culto al deber; tenía su amor puesto muy alto, y no decayó jamás; tenía su norma, y la siguió siempre, sin vacilaciones ni disculpas. Aunque funcionó como *intelectual*, y lo era en grado sumo, no era de la raza de los intelectuales diletantes, de espíritu curioso y de fondo indiferente, cuando no escéptico, de los que se dan por contentos con saber de las cosas, regocijados y satisfechos con enterarse de lo que es y de lo que pasa. Rafael Torres era un espíritu curioso, sí, sediento insaciable de saber; pero con tendencias, con vistas prácticas, con anhelos morales, deseoso siempre de acomodar la vida á la idea, de convertir la verdad en motivo del obrar, en aliciente para la acción.

Torres era un hombre que sentía la *ética*, que creía en su influjo fecundo, y que, arrasado por temperamento y por educación, hacía el bien, llenaba toda su vida, desde los detalles más nimios hasta las empresas más arduas, en que sus entusiasmos y sus deberes le comprometían, del perfume intenso, para tantos sofocante é insoportable, que la ética tiene, é imponía en todas sus obras esas internas, más, íntimas, exigencias, que la Ética impone.

De ahí su aire caballeresco, su continente digno; pero, ¡cuidado!, sin tiesuras, sin vanidad y orgullo, sin esquinas salientes y provocadoras, sin formalismos incómodos; porque Torres Campos, que era en el fondo austero, de una gran rectitud, de una intransigencia indomable con lo malo, lo incorrecto ó lo sencillamente irregular, era también de espíritu caritativo y benévolo, y además, de un exterior suave, delicado, infantil casi; sentía herir; hería por deber, evitando lo que pudiera significar hiel y vinagre, mortificación y tortura.

Si quisiéramos sintetizar los rasgos salientes del insigne geógrafo, diríamos que se armonizaban en él la inflexibilidad interior

con la más simpática dulzura de expresión: severísimo en el juicio y en la conducta, tenía lo que llamamos *ángel* para cautivar y atraer á las gentes.

No sé si habré sido capaz de presentaros con la debida exactitud su personalidad... He procurado hacerlo, avivando en mí, al presentároslo, el recuerdo de aquellas conversaciones que con él mantenía en inolvidables paseos por las cercanías de Madrid.

* * *

Y ¿cómo se reflejaba la personalidad de Torres Campos en su obra? Algo he indicado ya; pero insistiré unos momentos. La obra de Torres Campos, aun la más científica, y por ende más teórica y desinteresada, sin dejar de serlo, se distingue constantemente por su índole práctica, por su tendencia á la acción; toda ella entraña influjo, resultado aprovechable, indicación de un ideal para la vida.

¿Queréis la prueba? Cualquiera manifestación de la actividad de Torres Campos puede ofrecérsola. Bastará recordar que fué un educador, lo cual quiere decir lo suficiente, siéndolo con la intensidad que lo fué Torres Campos: porque, al poner el alma en la tarea de educar á las gentes, derramaba él á manos llenas su ciencia, utilizando para su fin elevadísimo los resultados de sus investigaciones más desinteresadas. Por otra parte, Torres Campos fué un gran geógrafo. «Pero la Geografía—dice Aniceto Sela—no era para él solamente una disciplina científica, á que pudo dedicarse con preferencia á otras, sino materia de educación y de ejercicio para el pensamiento, y á la par orientación hacia ideales patrióticos.»

Es decir, que Torres no se detenía en la contemplación y explicación geográficas; atendía también á las aplicaciones, sacaba del conocimiento de la Geografía consecuencias educativas, en cuanto por la Geografía se puede llegar á elevar el tono de la vida, mediante la intimidad con la Naturaleza, y consecuencias políticas y comerciales, en cuanto el estudio de la Geografía contribuye á fijar el destino de los pueblos y á señalar los caminos para el desenvolvimiento de sus energías económicas.

Bien claro resulta este punto de vista, el de la importancia práctica y política de la Geografía, de estas palabras de una de sus Memorias: «Si nos obstinamos—decía—en ocupar un lugar entre los pueblos que ignoran la Geografía y sigue el *statu quo*, el mal no tendrá remedio; lo que ahora nos sucede nos sucederá siempre. Serán raros los ministros que conozcan nuestras posesiones y que se preocupen de nuestros intereses. Faltarán, no sólo opinión que impulse á seguir una política amplia y á buscar en el exterior los recursos y los elementos de prosperidad que en el propio suelo nos faltan, sino también funcionarios que sepan gobernar... y comerciantes é industriales que puedan dirigir con fortuna sus negocios, en vista de la complejidad de las causas, á veces lejanas, que actúan en el mundo, y de las cuales dependen ya hoy la prosperidad y la ruina.»

Los mismos títulos de muchos de sus estudios revelan ese sentido práctico que Torres Campos daba á las ciencias geográficas; recordad algunos: *El reparto de Africa, según los últimos tratados; Los problemas del Mediterráneo, La cuestión de Melilla...*

Por último, ahí está su acción personal de geógrafo activo: de seguro recordáis todos sus campañas en la Sociedad Geográfica, en la Sociedad de Africanistas y en la de Geografía Comercial.

Puede afirmarse que Torres Campos, el gran teórico de la Geografía en España, fué, precisamente por eso y llevado de su carácter generoso y expansivo, un centinela avanzado de nuestros intereses materiales y un indicador consciente y enterado de nuestra orientación en el mundo.

* * *

Paso ya á resumir en breves términos la obra propiamente científica del querido maestro.

Examinada la bibliografía de los trabajos de Torres Campos, presto se ven los problemas que más atrajeron su espíritu. He aquí la lista de sus libros, convenientemente clasificados, prescindiendo del sinnúmero de artículos y notas que, sobre cuestiones de geografía y de arte, publicó en periódicos y revistas.

DE GEOGRAFÍA.—*Estudios geográficos*, un volumen interesantísimo, en el cual se trata, entre otros, de uno de nuestros grandes problemas nacionales, el de Africa, especialmente Marruecos; *La cuestión de los ríos africanos y la Conferencia de Berlín*, estudio de Geografía en relación con el Derecho internacional; *Colección de mapas murales*, uno de los trabajos más importantes y más útiles del autor. Al mismo orden pertenecen las *Cartas mudas de España*, aplicación del método gráfico á la enseñanza de la Geografía; *La Geografía en 1895, 1896, 1897, 1900 y 1901*, la obra acaso más interesante de Torres Campos, desde el punto de vista de la difusión de la cultura y *Los pueblos del Asia*, resumen de los dos cursos que explicó en el Ateneo.

DE ASUNTOS MILITARES.—Me limitaré á citar sus trabajos en este orden, pues otros con la debida competencia os hablarán de nuestro sabio amigo en tal respecto: *Sobre enseñanza militar*, *La contratación en el ramo de Guerra*, *La Administración militar suiza en las maniobras militares de 1891*.

DE HISTORIA.—*España en California y en el Noroeste de América*, una conferencia en el Ateneo, hecha sobre documentos originales; *Carácter de la conquista y colonización de las islas Canarias*, discurso de recepción en la Academia de la Historia, que contiene un estudio fundamental de aquel interesante problema.

DE ARQUEOLOGÍA.—*La Iglesia de Santa María en Lebeña*.

DE FEMINISMO.—*La mujer en el servicio de Correos y Telégrafos*, escrito en colaboración con D. Manuel Ruiz de Quevedo; *Las profesiones de la mujer*.

DE ENSEÑANZA.—Algunas de las obras citadas tienen alcance pedagógico; pero, además, escribió *La reforma en la enseñanza de la mujer y la reorganización de la Escuela Normal Central de Maestras y Conferencias sobre viajes escolares*.

Por último, debe citarse su Ponencia en el Congreso Geográfico Hispano-americano, sobre *La emigración á América*.

Militar, geógrafo, historiador, pedagogo, y además hombre de su tiempo, atraído por aquellos graves problemas que hoy preocupan al mundo culto, como el del feminismo, y hombre también de cultura omnilateral: todo eso fué, en vida, D. Rafael Torres Campos; así resulta de sus importantes trabajos y de su acción personal.

Pero si se sintió atraído por tantas y tantas cuestiones como agitan á los espíritus, y por tantos asuntos de estudio que constituyen el alimento de las almas curiosas y amantes del saber, tuvo, como no podía menos, sus preferencias, sus amores científicos.

Torres Campos era, sobre todo, un gran geógrafo y un excelente educador. Y fuera de esto, el problema contemporáneo que más llamó su atención fué el de la *condición de la mujer*. Dedicaré brevísimas palabras á indicar la significación de nuestro amigo como geógrafo y como educador, y ante el problema feminista.

* * *

Como geógrafo, debe colocársele al lado de los grandes geógrafos sociólogos modernos, que han hecho de la Geografía una ciencia viva y de influjo. Sus hermosas lecciones en la Escuela de Estudios superiores del Ateneo, sobre *Los pueblos de Asia*, son una muestra de cómo entendía la Geografía política, ó Antropo-Geografía, ó Socio-Geografía. Seguía el sabio profesor los rumbos iniciados por Humboldt y Ritter, pudiendo figurar su nombre en línea con los de Reclus, Vidal de Lablache y Ratzel, de una parte, por la importancia de la labor hecha, y de otra, por su concepción de la Geografía y de la función de ésta en la evolución de la Humanidad y en el dominio del Planeta.

Hoy, como sabéis, la Geografía no se limita á ser una pura ciencia descriptiva; es además explicativa, de problemas, de tendencias y de orientaciones; el geógrafo no se contrae á estudiar el fenómeno ó hecho geográfico, pretende penetrar sus causas, explicar su evolución y determinar sus relaciones é influjos. Por otro lado, la Geografía no se concibe ya considerando la tierra

* * *

aparte de la Humanidad, sino como habitación del hombre, y siendo éste un detalle geográfico. De ahí la importancia que en la Sociología alcanza la Geografía, y que esta ciencia tenga una función tan notable en la explicación de la prosperidad y decadencia de los pueblos.

Me falta espacio para demostrar hasta qué punto estaba Torres Campos conforme con este concepto de la Geografía, como Geografía humana. Sólo haré una cita de las lecciones sobre *Los pueblos de Asia*. «Ha explicado, dice el extracto, el Sr. Torres Campos, ocho lecciones de Geografía humana, ó Antropo-Geografía, considerando las ventajas que ofrecen al desenvolvimiento colectivo del género humano, á los progresos de la sociedad, y al adelanto de la civilización, las diferentes regiones del Asia. Ha sido su capital objeto mostrar la influencia del medio físico en la vida del hombre, con un sentido histórico y positivo, partiendo de hechos observados, y apreciar también el trabajo del mismo como agente de modificación del planeta, que sirve para cambiar radicalmente las condiciones del medio geográfico y su influjo en la historia.»

No hay duda, nuestro gran geógrafo partía en sus investigaciones de este principio formulado por Ratzel: *la Humanidad es un pedazo de la tierra*.

Su valor positivo como geógrafo, tuvo su consagración en el extranjero; aparte las distinciones que recibió en los Congresos Internacionales de París, Berna y Londres, Torres Campos fué llamado como colaborador por M. Vidal de Lablache, y en la Exposición de Geografía de Berna se confirió un premio á la Institución libre de Enseñanza por los trabajos del sabio maestro y de su compañero el Sr. Cossío.

*
**

No son muchos los escritos de Pedagogía que publicó Torres Campos. En este respecto, hay que considerarlo, sobre todo, como pedagogo de acción, como educador de la juventud. Fué maestro distinguidísimo en la Institución libre de Enseñanza, en la Asociación para la Enseñanza de la Mujer y en la Escuela Normal Central de Maestras.

Antes, había sido Profesor en la Academia de Administración Militar. Además de esto, explicó cursos y conferencias en el Ateneo, en la Sociedad Geográfica, en el Fomento de las Artes y en este mismo Centro.

A su influjo personal se deben no pocas innovaciones en la metodología de la enseñanza, especialmente en la de la Geografía; innovaciones aplicadas, muchas de ellas, en las lecciones de la Institución libre, antes citada.

Me faltan datos directos suficientes para poder apreciar como es debido la obra pedagógica práctica de Torres Campos; al decir de Sela, las lecciones profesadas por él, con carácter familiar, en las clases, son «quizá lo más notable, y sin quizá, lo más útil de cuantos trabajos ha realizado. Hay que contemplarle, añadía el profesor de Oviedo, ante el encerado explicando Geografía descriptiva; hay que ver cómo, sin ser dibujante, traza mapas con increíble rapidez y de memoria, poniendo de relieve lo que más interesa para cada lección; manejando continentes y mares, islas y tierra firme, naciones y provincias, datos y estadísticas, el conjunto como los detalles, con perfecto dominio del asunto y admirable habilidad pedagógica. Su palabra es entonces elocuente y persuasiva; su enseñanza sencilla y clara; los alumnos le siguen con profundo interés».

Si la labor de un maestro puede juzgarse á través de sus discípulos, yo os aseguro que la de Torres Campos debió ser fecundísima; mil veces he tropezado en mis relaciones, con jóvenes que habían estudiado con él; todos, sin excepción, hablaban con entusiasmo del maestro: al través de sus manifestaciones, advertíase con entera claridad que Torres había influido en ellos, que había sido con ellos pródigo y generoso, poniendo en su tarea docente su alma y su ciencia entera.

Por lo demás, nuestro malogrado amigo tenía de la cátedra la idea que poco á poco se impone en la pedagogía moderna: la idea de la cátedra laboratorio, la cátedra taller, la cátedra, en suma, sin trípode, donde trabajan juntos, unidos por los lazos del cariño, maestro y discípulos.

*
**

Muy pocas palabras puedo dedicar ya á la significación del Sr. Torres Campos ante el grave problema feminista. Era sin duda un defensor de la elevación de la mujer, apoyándose, para serlo, en los mejores argumentos de carácter positivo y en consideraciones de alcance social y aún de índole económica.

Quería Torres, no precisamente igualar la mujer al hombre mediante cambios radicales violentos; lo que él pretendía era acabar pronto con las trabas artificiales que los prejuicios, la tradición y las leyes oponen á la expansión plena y completa de la total personalidad humana en el sexo femenino. «Las diferencias, decía en *Las profesiones de la mujer*, entre el espíritu de la mujer y el del hombre, si es que existen, serán causa de que las obras respectivas no resulten idénticas; pero el reconocimiento de aquellas diferencias sexuales no puede llevar á que se excinda en dos la humanidad, para sacar de ella dos naturalezas, dos almas, dos cerebros, y afirmar que hombres y mujeres deben aplicar su actividad á cosas diversas: que hay *oficios viriles y ocupaciones femeninas*. Unos y otros han de resolverse en oficios humanos, desempeñados de modo distinto por los dos sexos, según las peculiares aptitudes de cada uno».

Aún podría copiaros otras interesantes declaraciones, en que el malogrado profesor explica su punto de vista en este asunto del feminismo, ó mejor, en este empeño moderno de levantar la condición económica, jurídica y social de la mujer; pero temo abnsar de vuestra benevolencia; y, por otra parte, estimo que el párrafo transcrito es uno de los que con más exactitud definen la posición de Torres Campos ante el feminismo.»

II

En la misma velada, D. Narciso Amorós, su compañero de milicia, su amigo de siempre, el mejor conocedor quizá de la obra de *Torres Campos como oficial de Administración militar*, hizo leer lo siguiente:

«Así como á la luz solar parece que se extinguen, ó debilitan, cuando menos, los focos y luminarias artificiales, así los gran-

des talentos, que abarcan muchas cosas á la vez, se empequeñecen á sí mismos en varias de ellas (ante los ojos del observador impresionista), por el extraordinario relieve que en otras adquieren.

El renombre universal que logró Torres Campos como geógrafo, ha hecho creer á algunas personas que quizá fuera á costa de su reputación como jefe, y jefe distinguidísimo, del Cuerpo administrativo del Ejército.

—«Quien mucho abarca poco aprieta,— solía oirse, en efecto, á varios críticos superficiales, en vida del ilustre Comisario de Guerra; y no es posible que cultive intensamente la propia profesión militar, quien necesita todo su tiempo para ciencias no menos complicadas y difíciles, á las cuales concede notorio y preferentísimo interés».

Tengo el deber de demostrar lo inexacto de semejantes afirmaciones, y hacer ver que sólo con los méritos administrativo-militares de Torres Campos había suficiente pedestal moral para que su figura no pasase inadvertida.

Si todavía llegó á mayor altura en otras esferas del saber y del conocimiento, no fué por desamor al propio y primitivo oficio, por dejarle de lado, como vulgarmente se dice, por falta de aptitudes ni de estudios continuados y especiales para ejercerle, por despego al Ejército ni al uniforme que vestía: fué, sencillamente, porque dentro de la milicia el trabajo es casi siempre anónimo: la disciplina obliga á ocultar la propia personalidad detrás de la del jefe superior ó de la entidad colectiva en que el militar está encasillado; y, así como la responsabilidad del error ó del desacierto recae ordinariamente sobre la cabeza, ella suele llevarse también la gloria y el lauro de la labor realizada por los jefes y oficiales subalternos.

Entre varios casos confirmatorios que pudiera citar, se me ocurre en este momento, por lo íntimamente ligado que se halla con mis recuerdos personales, el de haber realizado ya hace años, y en unión de otros inolvidables compañeros, ciertos dificultosos trabajos en el Ministerio de la Guerra, por los cuales tuvimos la satisfacción de que nos concedieran una gran cruz... para el jefe de sección que firmó la Memoria.

Durante veinte años que Torres Campos permaneció trabajando é informando en la Junta Facultativa de Administración Militar, en la Superior y en la Consultiva de Guerra, resolviendo casos dudosos, descifrando cuestiones complejas, penetrando en la técnica más complicada del servicio y haciendo de él un estudio pertinaz y detallado, de tanta más delicadeza y empeño cuanto que lo que se consulta es siempre lo difícil y lo raro, no lo llano y corriente, ¡cuántas grandes cruces se habrán dado y cuántas reputaciones se habrán adquirido, sin más bases que la oscura y anónima labor del modesto oficial de Secretaría, quien, si con media docena de cuartillas lograba en cualquier centro científico un éxito personal que en seguida divulgaba la prensa, en su cometido profesional llenaba y llenaba cuartillas, día tras día, año tras año, con cátedra constantemente abierta de altos estudios militares, sin que nadie se cuidase de publicar su obra meritoria, ni sus propios contemporáneos se enterasen de que la realizaba!

Si pudieran reunirse é imprimirse todos los concienzudos y meditados dictámenes dados por Torres Campos en ese largo período de veinte años, ¡cuántos tomos representarían, y qué arsenal de doctrina y legislación encontraríamos en ellos!

Seguramente que, entonces, la capacidad administrativa del autor se haría tan visible, que empequeñecería la que, con justicia, se le reconoce en otra clase de terrenos; y, seguramente, que los que, deslumbrados por el brillo de los éxitos académicos, no acertaron á ver al oficial de Administración Militar entenebrecido por los expedientes y el balduque, le reconocerían con una personalidad propia, de tanto más apreciable valor, cuanto que se dibujaba sin oropeles y sin público, sin bombo y sin aparato escénico de ninguna especie.

Y la prueba más clara de que tenía este valor profesional indubitable, es la amplia serie de recompensas que obtuvo durante el tiempo que ejerció el cargo delicado á que venimos haciendo referencia, porque, á las órdenes siempre de generales tan caballerosos como hidalgos, que no se limitaban á aprovechar el trabajo del subordinado, sino

que gustaban, á lo menos, de recompensar los esfuerzos del que se distinguía, Torres Campos logró en sus diferentes empleos y con diferentes justificados motivos honrosísimas distinciones (1)...

Y ¡qué mucho que así fuera, cuando la competencia profesional de Torres Campos era patente para todo el que no estuviera desfavorablemente prevenido en su contra!

¿Se puede, acaso, ingresar en una Academia militar con el número 1, sostenerle lucidamente durante la permanencia en ella, salir á la cabeza de una promoción en que había doctores, letrados, ingenieros, hijos de Ministros, grandes de España, deudos y amigos de los mismos profesores de la Academia, ó de los jefes superiores del Cuerpo, sin que el que sale laureado de ese modo tenga una capacidad profesional tan notoria que haga enmudecer todo género de influencias?

¿Podía ser Torres Campos una medianía administrativa, un oficial del montón, cuando, á los pocos meses de dejar la Academia, volvió á ella como profesor, y no como ayudante de profesor, que era lo que le correspondía por su poca categoría militar?

Demasiado supieron, los que le eligieron para tal puesto, la talla profesional del candidato; y los éxitos vinieron de seguida á comprobar el acierto de su elección: porque, encargado de la clase de Geografía general, militar y comercial, bien pronto revolucionó la enseñanza de esta ciencia, sustituyendo el anticuado programa por orientaciones nuevas, la descripción árida y empalagosa, cuajada de cifras y datos empíricos é inconexos, de regiones artificialmente caprichosas, por la reconstitución de las verdaderas y naturales unidades étnicas, geológicas, climatológicas y estratégicas, que permiten agrupar, recordar y explicar racionalmente los hechos, reemplazando la mnemotecnia puramente descriptiva, único apoyo de la Geografía antigua, por las leyes y principios fundamentales y fijos de la Geografía nueva.

(1) La última, la concesión más alta que podía otorgársele, la cruz blanca del Mérito militar pensionada hasta su ascenso al Generalato.

Desde entonces se desarrolló en Torres Campos la pasión por los conocimientos geográficos, que no le abandonó ya hasta su muerte, siendo de notar que, de alumno, le desagradaban por todo extremo, dando la preferencia, como abogado que era, á los jurídicos y económicos; pero en cuanto pudo modelar la Geografía á su gusto y exponerla á su placer, dándole forma adecuada y científica, adquirió para él tal encanto, que las ciencias antes favoritas quedaron relegadas á segundo término. No tan segundo, sin embargo, que no le dieran materia para escribir, andando el tiempo, y destinado ya en la Dirección general de Administración Militar, su precioso libro *La contratación en el ramo de Guerra*, que fué, durante muchos años, guía segura en materia tan importante, y utilísimo manual de Derecho civil, hasta para los mismos jurisperitos.

Pero los servicios de Torres Campos en la Academia de Administración militar no se limitaron al brillante desempeño de su cátedra de Geografía.

Disuelta la antigua Escuela de Administración Militar, en el año 1867, surgió la nueva Academia en 1873, casi sin local, sin profesorado, sin plan de estudios, biblioteca, museo ni gabinetes: sin ninguno de los elementos indispensables en cualquier centro docente. El Gobierno se limitó á alquilar una casa, bien indecorosa por cierto, en la plaza de los Mostenses, de esta corte, y á nombrar para que ejerciesen los cargos de Director y profesores del nuevo Establecimiento (sin abandonar sus cometidos de plantilla en la Dirección ó el Ministerio), á siete beneméritos jefes y oficiales, de los cuales sólo quedan existentes, aunque ya retirados del servicio, el entonces Oficial primero (hoy Intendente) D. Sebastián L. de la Jara, y el Oficial segundo D. Fernando Lozano y Montes, más conocido en el mundo de las letras y la política por el popular pseudónimo de *Demófilo*.

Demasiado hicieron aquellos abnegados y esclarecidos profesores con iniciarnos á los alumnos de las dos primeras y rápidas promociones en los rudimentos de la ciencia administrativo-militar, cooperando á ello, dicho sea en honor de la verdad, tanto los

maestros como los discípulos: pues hubo clases en que estos mismos formaban los programas, y otras en que recogían los antecedentes para las explicaciones; dándose el caso, sobre todo en la primera promoción, de que por la tarde redactábamos la conferencia, que estudiábamos por la noche y explicábamos al día siguiente.

Pero, algo nutrido ya de personal el Cuerpo y trasladada la Academia á Avila, fué preciso reorganizarla seria y detalladamente, dotándola con cuantos medios había de necesitar para su vida futura, cimentando sobre bases perdurables el edificio corporativo del porvenir.

Torres Campos fué uno de los reorganizadores.

En unión de Vallespín, de Lozano y de Nebot, sus profesores antiguos, con Pascual, con Valdés (el hoy sabio catedrático de Derecho penal de nuestro primer centro universitario) y con otros elementos nuevos que no soy yo el llamado á citar, hízose Academia, establecióse el plan de estudios, que con ligeras variaciones todavía rige, creáronse enseñanzas importantísimas, de que no había precedentes en la Escuela antigua, redactáronse programas definitivos y libros de textos, improvisáronse dependencias tan necesarias como laboratorios, talleres, clases, salas de armas, picadero y cabaillerizas, y pudo, en fin, con orgullo de sus fundadores, del Cuerpo á que pertenecían y del Ejército todo, ponerse al nivel de sus similares de otras armas la Academia de Administración Militar, cuyo floreciente estado actual, en diferentes ocasiones reconocido, tuvo su punto de arranque en aquel laborioso quinquenio de 1873 á 1878, si quiera los constantes y repetidos esfuerzos del inteligentísimo profesorado que se ha ido sucediendo hayan conseguido llevar á término mucho más acabado lo que entonces no hizo más que cimentarse.

Salido de la Academia de Administración Militar, otra institución de altísimo interés para el Ejército contribuyó Torres Campos á crear y fundar: tal fué el Laboratorio Central de Medicamentos, que si, desde el punto de vista técnico, debe su existencia á otra gloria de la ciencia española, el ilustre Ca-

rracido, actual catedrático de la Facultad de Farmacia, desde el punto de vista administrativo, tuvo por progenitor al malogrado Torres.

Cooperó éste también á la creación del Museo Técnico y Gabinete de Ensayos de Administración Militar, pues bajo su especial dirección se comenzó á formar dentro de dicho Establecimiento la estadística y mapa económicos de la producción nacional, materias tan interesantes para el Cuerpo de Intendencia: que, así como no se concibe Oficial de Estado Mayor sin profundos conocimientos de Geografía estratégica, es imposible que el Oficial de Administración Militar pueda desenvolver su gestión, en paz ni en guerra, sin poseer admirablemente la Geografía económica.

Torres fué el promovedor de aquellas notabilísimas Memorias que los Comisarios de Guerra, Jefes administrativos de las provincias, redactaron con entusiástica y especialísima competencia, dando á conocer los productos de la circunscripción de su mando, los medios y elementos aprovechables para la subsistencia, alojamiento y transporte de las tropas; las armas, en suma, de que puede disponer la Administración para combatir los principales enemigos de todo Ejército: la *inacción* y la *escasez*, sin vencer á los cuales no hay victoria posible.

A Torres Campos se debió, á la vez, por aquella época, el proyecto de organización de factorías militares en Tánger, Larache, Mogador y Casablanca, pensamiento concebido por el que era Ministro de Estado, D. Segismundo Moret y Prendergast, y el celosísimo Director de Administración Militar, Teniente General D. Manuel Salamanca; pensamiento que, de haberse realizado en tiempo oportuno, hubiese dado por resultado esa penetración pacífica que, al fin, hemos tenido que delegar en la nación traspirenáica, y nos hubiera proporcionado medios de abaratar la vida de nuestra población militar y civil, en combinación con aquel admirable servicio de suministros voluntarios que aquel ilustre General implantó con notable buen deseo, dentro de la Península y en favor de sus compañeros de armas.

A Torres Campos debemos, asimismo, un proyecto de reglamento de campaña en que, por primera vez, se fijan y definen las funciones administrativas en armonía con el modo especial de ser de la guerra moderna, que exige algo más que las vagas y anticuadas prescripciones por todos conocidas, especie de consejos y exhortaciones anodinas que, á falta de cosa mejor, ingirió el sabio General Almirante en su Reglamento de 1892.

El Jefe administrativo, cuya pérdida lamentamos, colaboró igualmente en la redacción del Reglamento de maniobras y prácticas de los servicios administrativos, que, á diferencia de los demás servicios militares, son verdaderas prácticas de campaña: porque las tropas en maniobras no simulan que comen, ni que se mueven (como simulan que matan, que cargan ó que son diezmadas por el fuego), sino que positivamente consumen y se mantienen, marchan y se embarcan, acampan y viven.

De Torres Campos son diferentes proyectos de reorganización del Cuerpo administrativo del Ejército, hechos de orden superior, para conciliar contrapuestas tendencias de divisionismo y antidivisionismo, todavía no llegadas á feliz término de acuerdo.

Y á Torres Campos corresponde, por último, el honor de haber desempeñado, bien solo, ó en unión de otros ilustrados compañeros, delicadas é importantes comisiones en el extranjero, de fructífero resultado para la Administración Militar española, al menos en lo que se refiere á la perfección teórica de sus servicios.

Entre estas comisiones, hay que hacer especial mención de la que realizó en Suiza, representando á nuestro Ejército, asistiendo á las maniobras militares y recogiendo multitud de datos y de enseñanzas, traducidos en copiosa colección de libros, atlas y reglamentos que regaló á la biblioteca del Ministerio de la Guerra. Trajo también el modelo de carro cocina-fragua para 200 plazas, que posteriormente se ha adquirido por el Establecimiento Central de Administración Militar, la lámpara-sol para campamento y diferentes muestras de conservas para el Ejército, entre ellas la estimadísima

carne Rohrsbach, recogiendo del inventor oferta de venir á España á instalar, cuando quisiera el Gobierno español, una ó más fábricas de conservas militares, educando y adiestrando al personal que se le designase al efecto. Inútil es decir que el Gobierno español no ha tenido todavía tiempo para ocuparse en tan insignificante asunto.

Otra comisión de gran interés fué la realizada, con el inteligentísimo Comisario de Guerra D. Rafael Quevedo, á Austria é Italia, visitando en la capital de la primera de dichas naciones la Exposición Universal allí instalada, recogiendo también utilísimos datos acerca de la organización militar de los países visitados y aportando el mejor modelo de tienda-saco que hoy se conoce y las famosas galletas de pienso, cuyo uso se ha vulgarizado en todos los ejércitos, menos en el nuestro; y eso que, hace cerca de medio siglo, un Comisario de Guerra español—el inolvidable Tamarit—fué el primero en idearlas y fabricarlas.

Con el pundonoroso é integérrimo oficial D. Babilés Ejido y Prieto, hoy uno de los más dignos y reputados Comisarios de Guerra con que cuenta el Ejército español, realizó, finalmente, Torres, en momento de angustia para la patria, otra comisión en Francia y Alemania para abastecer á la isla de Cuba durante el bloqueo norte-americano; y en Inglaterra y en Escocia, llevando la representación de la ciencia española para congresos internacionales allí celebrados, aprovechó, á la vez, el tiempo en hacer un detenidísimo y concienzudo examen de los establecimientos administrativo militares del Ejército británico.

Tales son, á grandes rasgos señalados, los principales trazos que constituyen la silueta administrativa del Comisario de Guerra D. Rafael Torres Campos.

Si me propusiese hacer su biografía, si me limitase solamente á registrar y extractar su hoja de servicios, enumeraría otros muchos y daría cuenta de multitud de comisiones especiales de no menor importancia que las apuntadas. Pero creo que bastan y sobran ellas para dar idea de lo que Torres valía, sabía y podía hacer, dentro de la técnica profesional á que estaba dedicado.

No empecen los conocimientos generales y la abundancia de ciencia en distintos órdenes para el cultivo de una especialidad profesional. El vasto saber y la universal cultura de Torres Campos no eran óbice, antes por el contrario, eran poderosísimos auxiliares para completarle como oficial de Administración Militar: porque el marco en que se encierra esta carrera del Estado es tan vasto, su funcionalismo tan exageradamente complicado, tan heterogéneo el caudal de conocimientos que exige su ejercicio, que sólo le es posible brillar en ella al que por igual domine las ciencias positivas y de observación, que las industrias militares de la Intendencia reclaman; las ciencias jurídicas y sociales (especialmente la Hacienda y el Derecho), que la Intervención necesita para enlazar la vida militar con la civil, y las artes demostrativas y expositivas que, como la Contabilidad y la Estadística, son complemento y fundamento indispensables de ambos géneros de funciones.

Además de esto, el oficial de Administración Militar precisa otra cualidad característica, que ha de ser la que le estimule y auxilie en su ardua y penosísima misión: ha de conocer perfectamente lo que es y cómo se hace la guerra, y ha de sentir una intensa pasión por el uniforme, un profundo entusiasmo por el Ejército de que forma parte.

Esta última cualidad era nota distintiva de la personalidad de Torres Campos.

Suele ser achaque muy corriente entre muchos militares españoles que llegan á figurar en esferas distintas del mundo civil, que se unen por lazos de amistad con los conspicuos de otras ciencias, frecuentan los llamados altos círculos literarios, científicos ó gubernamentales, pisan los umbrales de cámaras y academias, ó llegan alguna vez á vestir la manoseada toga del legislador, desentenderse poco á poco de las faenas y aspiraciones de la milicia, subordinar los verdaderos intereses de ésta á componendas y cábalas de bandería y mirar casi como extraños, quizá como seres inferiores, á sus compañeros y hermanos de la víspera.

Aunque perteneciente á un Cuerpo todavía asimilado, en el cual, acaso pudieran estar justificados tales desvíos, Torres no

olvidó nunca su carácter de militar en los puestos á donde le llevaron sus merecimientos. En los numerosos centros y sociedades científicas de que formó parte, procuró siempre hacer hueco al elemento armado, llamando la atención sobre los probados méritos de las eximias personalidades de la milicia; en los cargos y en las juntas civiles ó mixtas para que fué nombrado, defendió siempre los intereses del Ejército, aunque en ocasiones no acudiera representándole especialmente; en todos cuantos sitios pudo servir al jefe, al amigo y al compañero, lo hizo con la fe y eficacia que ponía en todas sus cosas; y aunque en el trascurso de su carrera oficial tocáronle en suerte, á veces, jefes que valían menos que él, moral é intelectualmente hablando, tolerólos con un inalterable espíritu de subordinación, sin que jamás le ensoberbeciese la altura de su nivel exterior, ni la presión de él fuese causa para que, en lo más mínimo, rebasase la línea á que dentro del Ejército su empleo le condenaba...»

III

De América nos llega otro eco del dolor por la pérdida y de la admiración por la obra de nuestro compañero. Escribe así D. A. Atienza y Medrano (1), nuestro antiguo compañero también en la Institución y que conocía bien á Torres en sus primeros años de vida y de trabajo:

...«Dicen las reseñas que veo publicadas en los periódicos de Madrid, que Rafael Torres Campos hizo del profesorado su vocación y de la enseñanza la labor de su vida; que conquistó merecida reputación de pedagogo en la Institución libre de Enseñanza, y en la Escuela Normal de Maestros; que los estudios geográficos constituyeron su especialidad predilecta y que, merced á sus conocimientos en este ramo del saber, fué Secretario de la Sociedad Geográfica Española y miembro correspondiente de muchas extranjeras, á donde había trascendido el valor de su obra tenaz y perseverante; que dió en el Ateneo durante el curso anterior

unas conferencias notabilísimas sobre *Los pueblos de Asia*, que dejaron indeleble recuerdo en aquella casa, y hasta consignan esas notas biográficas que fué este ilustre sabio uno de los individuos más cultos y de más prestigio en el Cuerpo de Administración Militar.

Lo que no dicen los periódicos, cuyas páginas suelen resultar estrechas, cuando se trata de encomiar á alguno de los políticos funestos que han traído á España á su actual estado de postración, ó de comentar las insulseces de cualquier declamador parlamentario, es lo que Torres Campos ha hecho en cada uno de los diferentes dominios donde aplicó sus múltiples y poderosas aptitudes; cómo se formó su personalidad científica; cuál es el significado de su fecunda actuación en la renovación pedagógica de nuestra patria, en ese que es, al decir de Joaquín Costa, el primer problema que España tiene que resolver después de haber provisto la dispensa; y finalmente, qué es lo que nos queda, como fruto de la labor de ese noble espíritu, y como recuerdo impecedero de su vida ejemplar, para llevarlo al acervo común é incorporarlo á la obra permanente de la reconstrucción de la patria.

Hay que haber vivido desde los primeros días de la niñez en la íntima y fraternal relación que mantuvo con Rafael Torres quien bajo el peso del dolor traza hoy estas líneas, para poder apreciar desde sus orígenes la índole nativa de aquella alma privilegiada. Es preciso haberle acompañado en sus juegos, haberle seguido desde sus primeros estudios y haber podido observarle en todas las evoluciones de su desarrollo, para aquilatar la nobleza congénita de su carácter, la distinción natural de su trato y de sus maneras, la exquisita dulzura de sus sentimientos, la elevación de sus ideas, la seriedad de su conducta y la firmeza de su voluntad. Jamás una aspereza en sus labios, ni un rasgo agresivo en su actitud, ni la más leve sombra que empañara la pura y cristalina corriente de su vida. No me ciega el cariño, y me tengo por afortunado en haber encontrado en mi camino muchas personas buenas; al recordar á Rafael Torres,

(1) Véase la revista *España*, de Buenos Aires, número 69, del 2 de Diciembre último.

lo digo con toda la efusión de mi alma: no he conocido ningún hombre mejor.

Una coincidencia casual viene á ofrecerme el medio de comprobar que no hay en el juicio que acabo de emitir el dejo más remoto de parcialidad ni apasionamiento. En el instante mismo en que escribo estos renglones llegan á mis manos unas cuartillas, suscritas por la señora Carlota Gómez de Plaza, á quien los lectores conocen por las preciosas producciones que ha publicado en la revista *España*. Nuestra distinguida colaboradora fué discípula de Torres Campos en la Asociación para la Enseñanza de la Mujer, fundada en Madrid por el insigne D. Fernando de Castro, y ampliada más tarde merced á las iniciativas generosas de D. Manuel Ruiz de Quevedo. Al recibir la triste noticia de la muerte de su sabio maestro, ha querido rendirle el homenaje de su gratitud. He aquí las palabras de la ilustrada profesora, ante las cuales sería pálido cuanto yo pudiera agregar de mi parte:

«¡Ha muerto Torres Campos! ¡Qué sorpresa tan dolorosa y tan injustificada! ¿Por qué nos causa tal estupor la noticia de un acontecimiento tan fatal como la muerte, cuando el ser que realiza esta suprema evolución se encuentra ligado á nosotros por los lazos de la admiración y del cariño?»

Parece que los seres como el insigne maestro fallecido, además de su valer intelectual, poseen el arte, no enseñado ni aprendido, de cautivar el respecto y el afecto de todos los que tienen la suerte de recibir sus enseñanzas, han de tener en esos afectos otros tantos lazos que los sujeten á la vida material.

Hace 14 años que terminé la carrera de institutriz. Desde entonces, de aquel núcleo de sabios y abnegados profesores que cumplían la misión que se habían impuesto, haciendo verdaderos sacrificios, sin otra recompensa que la satisfacción que les proporcionase el ver remunerados sus esfuerzos en pro de la educación de la mujer, con el aprovechamiento ó la gratitud de una exigua minoría de sus discípulas, han desaparecido D. Manuel María José de Galdo, D. Juan Vilanova, D. Manuel R. de Quevedo, D. Gumersindo Vicuña, D. José Rebo-

lledo, D. Martín Ferreiro (antecesor de Torres Campos en la secretaría de la Sociedad Geográfica), D. Calixto García, D. Ilirio Guimerá, D. Ricardo Becerro de Bengoa; unos, cuando su avanzada edad hacía su pérdida inminente; otros, la mayor parte, cuando por sus años y sus energías físicas hacían esperar nuevos y grandes resultados de los esfuerzos de su inteligencia y voluntad.

¡Y ahora Torres Campos! El profesor nato, por su facilidad para aprenderlo todo rapidísimamente, por su elocuencia fácil y amena, por su paciencia inagotable, por la novedad de forma que sabía dar á un mismo tema expuesto en distintas ocasiones y por su estricto espíritu de justicia en las calificaciones, que hizo que sus fallos jamás fueran discutidos.

Su fama como geógrafo eminente es universal; pero no era esa la única esfera de su prodigiosa actividad intelectual; en Literatura, en Legislación, en Bellas Artes, en Arqueología, su autoridad era tan innegable como su saber geográfico.

A sus sobresalientes dotes pedagógicas, unía una modestia extremada y un trato exquisitamente urbano, con esa urbanidad que se capta el afecto de quien es objeto de ella, por no ser mero producto del conocimiento de las reglas sociales, sino de ingénita bondad de corazón.

España ha perdido con el fallecimiento de Torres Campos uno de sus selectos representantes en el mundo científico; la cultura femenina, uno de sus más esforzados adalides, el profesorado de la Asociación para la Enseñanza de la Mujer, uno de sus afectos más hondos»...

Rafael Torres Campos pertenecía á una minoría selecta que está cavando hondo en el alma española y edificando en firme en la obra de la reconstrucción anhelada; minoría formada por hombres como Giner de los Ríos, Unamuno, Salmerón, Calderón, Altamira, Posada, Cossío, Ramón y Cajal, Simarro, González Serrano, Buylla, Costa, Azcárate, Linares y otros cien que no cito por temor de incurrir en penosas pretericiones. Algunos cayeron en la lucha; los más siguen batallando con infatigable denuedo. Ellos es -

tán echando los cimientos de la nueva España, porque trabajan en los dominios de la conciencia, que es el manantial perenne de la vida. Sin que la frase tenga nada de declamatoria, sino tomándola en su sentido directo y literal, es deber de patriotismo no consentir que se pierda la más mínima parte de la fecunda labor que están llevando á cabo esos valerosos obreros. Salvar todo lo que Torres Campos ha puesto en ella será un acto de justicia para con él y un bien y un honor para España.»

IV

He aquí lo que dice Rafael Altamira, después de una breve introducción sobre los nombres ilustres que modernamente hadado la Andalucía á la patria española (1).

... «La muerte, eterna intrusa, que nunca viene cuando es esperada, sino que se complace en sorprendernos á deshora, ha dado triste actualidad á todas estas consideraciones y al recuerdo de esos nombres. Otro andaluz, almeriense, que era uno de nuestros pocos hombres *européos*, Rafael Torres Campos, acaba de morir en plena virilidad, cuando todavía podíamos prometernos de él abundantes frutos de labor intelectual. Su representación en el campo de los estudios geográficos y pedagógicos, singularmente, reconocida por nuestros especialistas, consagrada por las primeras autoridades del mundo culto, es de las que se deben pregonar, no sólo para cumplir con la justicia y con el deber de gratitud que todos tenemos respecto de los hombres que trabajan por la ciencia y por la educación, sino para corregir aquella preocupación referente á la cultura moderna española, á que aludía yo al comienzo de este artículo.

Torres Campos ofrece, en este punto, uno de los ejemplos más notables. Contra lo que ordinariamente se dice de nuestro carácter intelectual—reputado por ligero, ideólogo, improvisador, dominado por la retórica y por el gusto de las generalizaciones é hipótesis—, Torres Campos era un investigador concienzudo, honrado, que se preocupaba ante todo de la exactitud, que no aventura-

ba jamás juicios sin estar muy seguro de sus pruebas; hombre, que nunca hablaba sin estar preparado, que nunca escribía sin dominar el asunto y que en la expresión era sobrio, ceñido á la idea, preocupado tan sólo de la verdad de sus alegaciones. Los que conozcan el valor de la palabra *accuratus*, formarán idea de lo que era Torres Campos como trabajador intelectual, aplicándosela con todas las consecuencias de confianza y de respeto hacia el que la merece, que lleva consigo. Esa cualidad tienen sus estudios de Geografía y de Historia. En los primeros, su competencia, contrastada en los Congresos internacionales, donde siempre fué considerado como una de las autoridades europeas más dignas de estimación, le llevó á ser buscado por uno de los maestros de la cartografía moderna—Vidal de Lablache—para colaborar en sus producciones geográfico-escolares. Los únicos mapas murales verdaderamente científicos, que en castellano poseemos para la enseñanza, sin tenerlos que mendigar en la producción de los Kiepert y Perthes, son los de Torres Campos-Vidal Lablache, admirables de exactitud y de claridad, perfectamente adecuados á las necesidades de la pedagogía en las escuelas primarias y secundarias. El único mapa mudo de España que puede recomendarse para ejercicios de los alumnos, es el mapa Torres Campos-Suzanne (en tela apizarrada), que muchos profesores de Universidad utilizamos para nuestros cursos de Historia ó de Geografía histórica.

Las Memorias sobre el *Progreso de los trabajos geográficos*, que Torres Campos escribió anualmente durante algún tiempo, como Secretario de la Sociedad Geográfica de Madrid, son modelos de exposición, admirables resúmenes que reflejan la marcha de aquellos estudios en todas las naciones cultas y cumplen el servicio de orientar á los lectores en este orden de conocimientos, mejor que muchos anuarios semejantes, que se suelen citar sólo porque están escritos en un idioma extraño. Y no se crea que esas Memorias han de interesar tan sólo á los especialistas, á los técnicos de la Geografía. Sabida es la vaguedad con que durante mu-

(1) Véase el núm. 72 de la revista *España*.

cho tiempo se ha caracterizado esa ciencia. Todavía es, para no pocos, una cosa híbrida, mezcla inorgánica de cálculos matemáticos, descripciones y noticias estadísticas. Para Torres Campos era lo que debe ser; lo que de ella hicieron Ritter, Reclus y Ratzel, lo que inició antes que ellos el padre de la filosofía krausista: una ciencia á la vez eminentemente *natural* y eminentemente *antropológica*; una ciencia que estudia la Tierra como un ser vivo, como el medio en que se desarrolla la vida humana, profundamente influida por él, y que, por otra parte, sufre la acción de esa vida, que la modifica en proporciones considerables; una ciencia ligada, pues, con los más graves problemas de la psicología y la historia del hombre.

Por eso Torres Campos, cuya pasión intelectual predominante era la Geografía, se vió llevado naturalmente á la investigación de cuestiones sociales y políticas de las que más nos preocupan hoy á todos y cuya raíz, en parte, está en el dato geográfico. Así puede verse en el tomo de *Estudios* que publicó en 1895, y del que forma parte la más completa monografía—la única completa y científica—de *Nuestros ríos* que se ha escrito. El valor que esta monografía tiene, no sólo para nuestra cultura general, sino también para la formación de criterio seguro tocante á muchos de nuestros problemas nacionales palpitantes, es grandísimo. Tal vez por el escaso saber de Geografía española de que han solido estar dotados muchos de nuestros eruditos, de nuestros políticos y de nuestros historiadores, hállanse hoy por explicar fenómenos importantes de nuestra historia y por resolver cuestiones de gobierno y de economía, cuya indecisión es una de las causas de la decadencia actual. Mirando á la historia—cuyas consecuencias para el presente son fáciles de advertir—, creo que jamás podrá explicarse de una manera clara y satisfactoria la llamada Reconquista, sin antes conocer bien la geografía de nuestras regiones del Norte y del Centro; entiéndase bien, la geografía *física*, no la *política*, que es negocio aparte y, en no poco, de aquélla depende; así como ciertos caracteres sociales de los núcleos de población de que ha venido á formarse la España mo-

derna, no podrán tampoco comprenderse sin aquel estudio preliminar. Por eso, la monografía citada me parece á mí de interés para la educación histórica y política de nuestro público, y especialmente del escolar, que no siempre encuentran—aun deseándolo—fuentes apropiadas de información, respecto de cosas que, en otros países, están resueltamente incorporadas á la enseñanza de sus más inferiores grados.

En el mismo libro de *Estudios* á que me refiero, hay varios relativos á cuestiones coloniales, que Torres Campos conocía muy bien y en que intervino prácticamente, en las campañas de la Sociedad de Africanistas y de la Geográfica. Cada uno de estos estudios constituye por sí un documento de historia contemporánea, que hoy precisa consultar para darse cabal cuenta de sucesos recientes y graves, para explicarse bien el estado de la cuestión y, sobre todo, para estimar las corrientes de opinión en nuestra minoría culta y en la masa del país, tocante á hechos de influencia decisiva sobre la historia moderna y la futura de España. Tal sucede con los capítulos dedicados á las exploraciones españolas en el Golfo de Guinea, al reparto de Africa, según los últimos tratados, á los problemas del Mediterráneo, á la emigración española, á la cuestión de Melilla, al abandono de Río de Oro... En la crisis por que indudablemente atravesamos en punto á nuestra política en Africa, el parecer y el consejo de Torres Campos han de echarse muy de menos para guiar á los de arriba y para preparar el ánimo de los de abajo.

Un espíritu tan activo, tan enamorado de lo ideal, tan rebotante de simpatía por todo lo humano, como el de Torres Campos, no podía circunscribirse al campo de los estudios geográficos, con ser éste tan extenso y entretenido. A priori podía afirmarse que sería llevado á la historia propiamente dicha, y así fué. Sus discursos ó Memorias sobre la colonización española en *California* y en *Canarias* (1892 y 1901) son, á la vez que concienzudas investigaciones, defensas razonadas de nuestra obra colonizadora y firmísimo mentís de algunas de las leyendas con que todavía nos persiguen

los hispanóforos. Los españoles de América harán bien en leer esos dos escritos de Torres Campos, para contestar á los que sólo hallan sombras en nuestras empresas coloniales.

Fué también Torres Campos un perfecto pedagogo, un maestro práctico de envidiables condiciones; y quizás es ésta la obra en que más por entero puso su inteligencia serena y ponderada y su corazón, todo bondad, dulzura y paciencia. La Asociación para la Enseñanza de la Mujer, fundada por el venerable D. Fernando de Castro, sostenida durante muchos años por el espíritu fervoroso é inquebrantable de D. Manuel Ruiz de Quevedo, recordará siempre la labor de Torres Campos, insustituible en muchos sentidos.

PEDAGOGÍA

O PLANO DA INSTRUÇÃO GERAL NA ROMA ANTIGA (1)

por el Prof. hon. Dr. F. A. Coelho,

Catedrático del Curso superior de Letras, de Lisboa.

(Continuación.)

13. Suetonio diz-nos que o primeiro grammatico (latino), que, pelo ensino, chegou a ser afamado e considerado foi Sevio Nicanor, auctor de commentarios e duma *Satira*, em que se dizia liberto e possuidor de duplo cognome (M. Sevio Nicanor Postumio, segundo conjectura de Bergk): «Sevius Nicanor primus ad famam dignationemque docendo pervenit, facitque praeter commentarios, quorum tamen pars maxima intercepta dicitur, satiram quoque, in qua libertinum se ac duplici cognomine esse per haec indicat:

Sevius Nicanor Marci libertus negabit:
Sevius post huius idem ac Marcus docebit.»

Dahi se concluiu que Nicanor teria aberto a primeira escola de grammatica latina em Roma, facto que se pôs cerca do anno 100 a. Chr.

(1) Véase el núm. 533 del BOLETÍN.

Suetonio dá noticia doutros mestres de grammatica latina (1).

De varios desses grammaticos sabemos terem sido doutos nas letras gregas, que naturalmente ensinavam tambem; estão no caso M. Antonio Grypho e L. Ateio Philologo (2).

Por *grammaticus latinus* entendia-se, em regra, um homem *non minus graece quam Latine doctus*. Comprehende-se isto perfeitamente, visto que os estudos latinos não se tinham desenvolvido independentemente, mas de começo tiveram por modelo as investigações e ensino dos grammaticos gregos, conhecidos dos romanos, já directamente, já pelos livros procurados e lidos em Roma com mais ou menos zelo.

14. O ensino da rhetorica e o da philosophia acharam mais obstaculos á sua implantação em Roma do que o da grammatica. Suetonio diz expressamente da primeira: «Rhetorica quoque apud nos perinde atque grammatica fere recepta est, paulo etiam difficilium, quippe quam constet nonnumquam etiam prohibitam exerceri». E cita um velho senatusconsulto, do tempo dos consules C. Fannio Strabão e M. Valerio Messala, no sentido de serem expulsos de Roma pelo pretor os philosophos e rhetores, assim como um edicto censorio (de 92 a. Chr.), obra de Cn. Domicio Enobarbo e L. Licinio Crasso, reprovando o ensino dos que se denominavam rhetores latinos. «Chegou ao nosso conhecimento, lê-se nesse edicto, que homens que se denominam rhetores latinos instituiram novo genero de disciplina e attrahem a mocidade ás suas escolas, onde passa os dias corrompendo-se. Os nossos avós estabeleceram que disciplinas os seus filhos deviam aprender e que escolas haviam de frequentar. Esses novos ensinamentos, que se desviam do que foi instituido pelos antepassados, nem têm a nossa approvação nem parecem convenientes. Pelo que julgamos dever manifestar aos que professam nessas escolas e aos que os vão ouvir que não nos agradam» (3).

(1) Suetonio, *de grammaticis*, 4.

(2) Idem, *ibid.* 7, 10.

(3) «C. Fannio Strabone M. Valerio Messala cons. M. Pomponius praeter senatum consuluit.

Em verdade, como já foi dito acima (1), não podia deixar de ter havido oratoria em Roma, a qual mais tarde ou mais cedo deveria buscar dirigir-se por meio de regras. Quintiliano diz-nos que, tanto quanto sabe, o primeiro entre os romanos que deu algumas regras d'eloquencia foi Catão Censor; depois d'elle começou a tratar a materia M. Antonio, sobre a qual versa a unica obra e essa incompleta que nos resta desse orador: «Romanorum primus, quantum ego quidem sciam, condidit aliqua in hac materia M. Cato ille censorinus (2); post M. Antonius (cons. 99 a. Chr.) inchoavit; nam hoc solum opus ejus, atque id ipsum imperfectum, manet (3)». O opusculo alludido intitulava-se *de ratione dicendi* (4).

Explica-se a desconfiança inspirada aos romanos mais esclarecidos pelo ensino dos rhetores latinos, quando se lê o que a respeito desse ensino e da verdadeira educação do orador põe Cicero na boca de L. Licinio Crasso, o censor de 92: «O essencial ao orador é uma vasta quantidade de conhecimentos (Rerum est silva magna), que os rhetores gregos do nosso tempo já não do-

Quod verba facta sunt de philosophis et rhetoribus, de ea se ita censuerunt, ut si ei e re p. fideque sua videretur, uti Romae ne essent.» De eisdem interjecto tempore Cn. Domitius Aenobarbus, L. Licinius Crassus censores ita edixerunt. Renuntiatum est nobis, esse homines qui novum genus disciplinae instituerunt, ad quos iuventus in ludum conveniat; eos sibi nomen imposuisse Latinos rhetoras; ibi homines adolescentulos dies totos desiderare. Maiores nostri, quae liberos suos discere et quos in ludos itare vellent, instituerunt. Haec nova, quae praeter consuetudinem ac morem maiorum fiunt, neque placent neque recta videntur. Quapropter et iis qui eos ludos habent, et iis qui eo venire consueverunt, videtur faciendum ut ostenderemus nostram sententiam, nobis non placere». Suetonio, *de rhetoribus*, c. 1. Aulo Gellio (xv, II, 1-5) reproduz também esses documentos.

(1) Vid. acima § 3. No § 21 serão expostas as condições que fizeram da eloquencia em Roma a arte por excellencia.

(2) Vid. acima § 5. Os preceitos oratorios faziam parte dos *Præcepta ad filium*, já lembrados. Vid. Jordan, *M. Catonis praeter librum de re rustica quae exstant*. Lipsiae, 1826, pag. 80, cit. por Teuffel §§ 44, 3; 121, 2. A rhetorica de Catão fóra redigida, segundo pensa Willmann, em conformidade com as necessidades do foro, mas sobre a base de estudos em Thucydides e Demosthenes (*Didaktik* 1², 190).

(3) Quintiliano, *Inst. orator*, III, I, 19.

(4) Teuffel, § 151, 2, etc. Cicero, *Brutus*, XLIV, 163.

minavam e por isso a nossa mocidade desaprendia em vez de aprender nas suas escolas; e como se tal não bastasse temos ha dois annos rhetores latinos, que eu, como censor, prohibira por um edicto, não porque (como não sei quem propalou) quisesse oppôr-me á cultura mental dos nossos adolescentes, mas porque quis obstar a que o seu espirito fosse embotado, ao passo que se nutria a sua presunção. O ensino dos gregos, fossem quaes fossem os seus defeitos, levava á pratica da lingua, ministrava alguma instrucção e inspirava urbanidade digna do saber; mas julguei que esses novos mestres só podiam ensinar atrevimento, defeito de que deve fugir-se, ainda quando ande ligado a boas qualidades. Conhecido isto, julguei ser do meu dever de censor oppôr-me ao progresso do mal, fazendo fechar essas escolas d'impudencia. Não é que eu desespere de ver tratadas e aperfeiçoadas em a nossa lingua as materias de que nos occupamos: esta lingua e as circunstancias permittem transplantar e adaptar aos nossos usos e character os processos da velha eloquencia grega; mas são precisos para isso homens competentes, que até hoje não appareceram entre nós; quando os houver devem ser preferidos aos proprios gregos (1).

E. Norden considera a obra de Cicero *de oratore*, escrita em 55, como dirigindo se no todo e sobre uma ampla base contra os *latini rhetores*, cuja historia e tendencias foram pela primeira vez, segundo o mesmo escriptor allemão nos diz, claramente determinadas por E. Marx na sua edição da *Rhetorica ad Herennium*, obra do tempo de Sulla, edição que ainda não vi. As razões em que Norden se baseia são importantes: a epoca em que Cicero põe o seu dialogo (91); a figura principal d'elle, o censor L. Licinio Crasso, que, como vimos, apparece defendendo o seu edicto contra aquelles rhetores; a epoca da redacção da obra, um anno depois de L. Plucio Gallo, o principal dos rhetores latinos, de que fallarei de novo no § 15, e que devia achar-se então em idade avançada, ter redigido um discurso para

(1) Idem, *de oratore*, III, 24, 93.

L. Sempronio Atracino, contra M. Celio Rufo, amigo de Cícero, o qual na sua defesa, sem pôr o nome por claro, chamara Gallo «ordearium rhetorem, inflatum ac levemetsordidum» (1); por ultimo a tendencia inteira do escrito ciceronico. «Os rhetores latinos exigiam do orador apenas a simples rotina, que, segundo criam, se alcançava pela observação de regras puramente formaes; neste ponto de vista se acha o auctor do escrito *ad Herennium*; em opposição com esse modo de ver exige Crasso (isto é, Cícero) do orador educação scientifica universal (avisa-se instantemente contra a especialização na sciencia no liv. III, 33, 132-136) (2), em que aquelle formalismo não é inteiramente superfluo, mas occupa só o lugar mais baixo (1, 31, 137-147 (3))» (4).

Dando um salto de Cícero a Tacito, vemos que este escritor falla do vasto plano d'estudos a que se consagravam os antigos oradores que deixaram nome na historia e ao qual terei occasião de fazer nova referencia, e de como cada um, seguindo o exemplo dum mestre já consumado na arte, depois de preparado por esses estudos, acompanhando esse mestre no foro, ouvindo os seus discursos, assistindo ás suas menores altercações e disputas, se creara para a eloquencia por assim dizer no proprio campo de batalha (*pugnare in praelio disceret*). «Agora, diz depois, os nossos adolescentes são levados ao palco desses declamadores a que dão o nome de rhetores, que existiam já um pouco antes de Cícero e não agradaram aos nossos maiores, como prova a ordem emanada dos censores L. Crasso e Domício para se fechar essa escola de impudencia, segundo refere Cícero. Mas, como ia a dizer, os adolescentes são levados a essas escolas, em que não sei o que é que faz

maior mal aos espiritos, se o proprio lugar, se os condiscipulos, se o genero d'estudos». Tacito, no resto do discurso, infelizmente incompleto, attribuido a Messala, dá ideia dessas escolas e do seu ensino (1).

15. L. Plocio Gallo é o primeiro dos rhetores latinos mencionado na lista de Suetonio, que cita uma passagem da carta de Cícero a M. Titinnio em que o orador dizia que um certo Plocio (*Plotium quendam*) fôra o primeiro que começara a ensinar (rhetorica) em latim aos rapazes do seu tempo (*pueris nobis*) (2). S. Jeronymo dá Plocio Gallo como florindo entre 88 e 77 a. Chr., e diz que foi o primeiro que ensinou rhetorica latina em Roma (*primus Romae latinam rhetoricam docuit*) (3); ora Cícero tinha em 88 a idade de 18 annos e Quintiliano refere, sob a auctoridade desse auctor, que o ensino dos rhetores latinos foi introduzido nos ultimos tempos de L. Crasso (o censor já alludido, que falleceu em 91), e que Plocio foi o mais insigne delles (4). As datas aproximam-se muito; mas se Plocio foi o primeiro rhetor latino, deve ter ensinado antes de 92, em que foi publicado o edicto dos censores e devia haver então mais dum mestre de rhetorica romana em Roma.

O edicto mencionado ficou, parece, sem effeito. S. Jeronymo dá com referencia ao anno 81 a Chr. a noticia: «*Vultacilius Plotus latinus rhetor, Cn. Pompei libertus et doctor, scholam Romae aperuit* (5)».

Suetonio, depois de transladar o mesmo edicto contra o ensino da rhetorica latina accrescenta: «*Paulatim et ipsa utilis honestaque apparuit, multique eam et praesidii causa et gloriae appetiverunt*».

Os romanos, acabaram, pois, de se con-

(1) Suetonio, *de rhetoribus*, 2.

(2) «*Equidem saepe hoc audivi de patre et de socero meo, nostros quoque homines, qui excellere sapientiae gloria vellent, omnia, quae quidem tum haec civitas nosset, solitos esse complecti*». Cícero, *l. c* Veja se todo o capitulo e abaixo no presente estudo o § 22.

(3) Cícero nesse capitulo e no seguinte apresenta o programma de ensino rhetorico vulgar (*vulgaris doctrina*); cf. III, 55, 209, ss.

(4) Eduard Norden, *Die antike Kunstprosa*, pagg. 222-23.

(1) Tacito, *de oratoribus*, c. 35.

(2) Suetonio, *de rhetoribus*, c. 2.

(3) S. Jeronymo, *ad Euseb. Chron.* a. 1929.

(4) Quintiliano, *Inst. orat.* II, 4, 42.

(5) S. Jeronymo, *ad Euseb. Chron.* a. 1936 (= 673 u. c.). Suetonio, *de rhetoribus*, c. 3, refere-se evidentemente ao mesmo individuo com o nome de L. Voltacilius Pilutus, e diz nos que fôra mestre do filho do seu antigo senhor, isto é de Cn. Pompeu Magno e escrevera dos feitos do pae (Cn. Pompeius Strabo, fallecido em 87 a Chr.) e não menos dos do filho, sendo o primeiro liberto, ao parecer de Cornelio, que se mettu a escrever historia.

graçar com a rhetorica, apesar de opiniões isoladas em contrario, e essa disciplina ficou constituindo parte integrante do quadro mais completo da educação geral.

Não esqueçamos que Suetonio nos comunica que os velhos grammaticos tambem ensinavam rhetorica e que depois da separação das profissões ainda os grammaticos, segundo julgava, dariam aos seus discipulos certa preparação para a eloquencia, para que elles não chegassem ás mãos dos rhetores inteiramente secos e aridos (ne scilicet sicci omnino atque aridi pueri rhetoribus traderentur (1)).

Suetonio menciona, como tendo ensinado grammatica e rhetorica, M. Antonio Gripho, nascido na Gallia, e L. Ateio, cognominado Philologo, liberto, natural de Athenas, do qual disse o jurisconsulto Capito Ateio «inter grammaticus rhetorem, inter rhetores grammaticum fuisse (2)».

Um mesmo individuo podia em epochas diversas da sua vida consagrar-se a ensinamentos differentes. Tal caso deu-se com Aurelio Opilio, liberto dum certo epicurista, que professou primeiro philosophia, depois rhetorica e por fim grammatica, descendo assim na escala, e, fechada a sua escola, talvez em 92 a. Chr., acompanhou Rutilio Rufo, exilado, á Asia (3).

16. Ao que havia de fundamentalmente caracteristico no velho espirito romano devia repugnar a especulação philosophica: esta afigurava-se-lhe em grande parte como cousa vazia, objecto proprio de gente desoccupada, materia de vãs disputas, inutil portanto, mas, o que peor era, perigosa para os mais altos interesses do estado, entre os quaes se achava a religião, abertamente atacada por algumas escolas philosophicas, e mais ou menos em opposição com as outras. Os philosophos eram alvo de desprezo popular. Cotejava-se a pratica de sua vida, muitas vezes gravemente impropria de quem se apresentava revestido de tal nome e do habito peculiar, com as doutrinas moraes que ensinavam. Não lhes valia a tolerancia

dalgum proverbio como o nosso: Bem o prega Fr. Thomás:— todos façam o que elle diz;—ninguem faça o que elle faz,

Apesar de tudo, desde o estabelecimento da influencia litteraria dos gregos em Roma (a partir do meado do III seculo a. Chr.), attrahiu a philosophia muitos dos mais notaveis homens de Roma e o seu estudo veiu a generalizar-se bastante.

No dialogo *de oratore* põe Cicero na boca de M. Antonio, o orador acima alludido (1), as palavras seguintes: «Ouvirás de mim a verdade, Catulo; pareceu-me sempre mais acceitavel e agradavel ao povo romano o orador que revelasse pouca arte e completa ignorancia das coisas gregas. Mas julguei proprio duma besta, e não dum homem (pecudis esse, non hominis), não prestar ouvidos aos gregos, quando elles cultivam, professam, fazem progredir tantas sciencias, quando se propõem ensinar os homens a penetrar nas mais obscuras materias, dar-lhes regras para bem viver e bem fallar; e que, quem não se atrever a ouvi-los publicamente, para não perder a auctoridade junto dos seus concidadãos, deverá todavia receber a occultas as suas lições e seguir de longe o que expõem. Foi o que eu fiz e assim adquiri conhecimento geral de materia e principios desse ensino (2).»

Cicero apresenta, nesse passo, com toda a clareza, a situação dos romanos illustres que se sentiam levados para a philosophia, e em geral para a cultura mental hellenica, mas luctavam com os preconceitos nacionaes, que imperavam, não só externamente, mas no proprio espirito delles, agitando-os entre duas tendencias contradictorias, do que temos muitas provas nos escritos do mesmo grande orador e doutros seus compatriotas. O velho espirito romano, estreito, particularista, buscava suffocar, sem o conseguir, o espirito geral que surgia sob a influencia grega.

Outra personagem do dialogo, Q. Lutatius Catulo, responde a Antonio que elle só se aproximara a medo da philosophia, como se fosse um escolho para a virtude. Todavía

(1) Suetonio, *de grammaticis*, c. 4.

(2) Idem, *ibid.*, c. 7 e 10.

(3) Idem, *ibid.*, c. 6.

(1) Vid. acima, § 14.

(2) Cicero, *de oratore*, II, 36, 153.

nunca em Roma a philosophia fôra desprezada. A Italia estava inundada de pythago; reos, quando florescia a grande Grecia; havia quem affirmasse até que Numa Pompilio fôra um delles, ainda que mais antigo. Os homens mais illustres, mais virtuosos, mais polidos de Roma, P. Scipião Africano, C. Lelio e L. Furio tiveram sempre junto de si e não a occultas, homens doutissimos da Grecia. Elles tinham ido ouvir sempre os tres philosophos celebres do seu tempo que os athenienses lhes tinham enviado em embaixada, com grande agrado das principaes pessoas da cidade, emquanto esses philosophos alli se conservaram. (Cicero poderia ter posto mais na boca de Catulo que Emilio Paulo déra por mestre a seus filhos o philosopho atheniense Metrodoro (1). Catulo declara não entender como Antonio guerreasse a philosophia, do mesmo modo que o Zetho de Pacuvio (2). Antonio replica que de modo nenhum guerreia a philosophia; resolveu, pelo contrario, philosophar, mas á maneira do Neoptolemo de Ennio, ao qual agradava apenas um pouco de philosophia (3).

A palavra de Catão: «quandoque ista gens (os gregos) suas litteras dabit, omnia corrumpet», foi sem duvida invocada muitas vezes, por uns simplesmente para lisongear uma corrente da opinião indubitavelmente favorecida, por outros para defender a sua incapacidade de aproveitar os beneficios da cultura hellenica. Os que buscavam adular o povo, manifestavam, como elle, desprezo pela educação grammatical, rhetorica e philosophica com que buscavam distinguir-se os aristocratas. Assim no discurso que Sallustio põe na boca de Mario, feito consul pela plebe, ha estas palavras: «Non sunt composita verba mea: parvi id facio: ipsa se virtus satis ostendit: illis (refere-se ao partido aristocratico) artificio opus est, ut

(1) Plinio, *Hist. nat.* xxxv, 11, § 135.

(2) Aulo Gellio, xiii, 8, 4, cita as palavras alludidas de Pacuvio: Ego odi homines ignava opera et philosopha sententia.

(3) Cicero, *de oratore*, II, 37, 154 156. A lição mais exacta das palavras alludidas de Ennio parece ser: philosophari est mihi necesse, at paucis, nam omnino haud placet». Cf. Cicero, *de republ.*, I, 18. *Tuscul.* II, I.

turpia facta oratione tegant. Neque litteras Graecas didici: parum placebat eas discere, quippe quae ad virtutem doctoribus nihil profuerant» (1).

Cornelio Nepos deu expressão ao sentimento dos que contrastavam a vida e doutrina dos mestres de philosophia: «Video magnam partem eorum qui in schola de pudore et continentia praecipiant argutissime, eosdem in omnium libidinum cupiditatibus vivere» (2).

Passou-se varias vezes do dominio dessas ideias a factos em que se encarnavam. Assim os livros com «scripta philosophiae Pythagoricae», desenterrados em 171 a. Chr., foram lançados ao fogo, «quia philosophiae scripta essent» (3). Dois annos antes tinham os romanos expulsado da sua cidade os philosophos epicuristas Alceu e Philisco. O epicurismo com o evemerismo, a doutrina segundo a qual os deuses teriam sido apenas personagens historicas, e com a sabedoria pratica do comico siciliano Epicharmo, tinha já inspirado o poeta Ennio e era essa corrente sobretudo que fazia surgir fundas desconfianças nos patriotas de Roma. (Lucrecio, como o seu poema, baseado na doutrina epicurista, devia tentar sem exito apreciavel a ruina da religião do estado). Uma desconfiança mais levou a fazer sair de Roma, em 155, os philosophos, acima lembrados, da embaixada atheniense, quando, porém, o seu ensino tinha já exercido influencia indelevel. Foi reproduzido tambem (4) o senatusconsulto contra os philosophos e rhetores.

Não devemos esquecer que no periodo da iniciação de Roma na philosophia grega, esta se achava em plena decadencia e que em regra os romanos foram, como observou Mommsen, «maus discipulos de maus mestres».

Os factos citados fazem-nos comprehender que Cicero se julgasse obrigado a defender-se de estudar e escrever sobre philosophia, o que se dá maior parte dos escri-

(1) Sallustio, *de bello Jugurthino*, c 85.

(2) Apud Lactancio, *Instit.* III, 15, 10. Ha testemunhos analogos do tempo do imperio.

(3) Plin., *Hist. nat.*, xiii, 27, § 6.

(4) Vid. § 14.

tos do genero que delle chegaran até nós. Assim lembra num passo que Marco Catão estudou grego na velhice (in senectute) e que P. Scipião Africano, na famosa legação que procedeu a censura, só teve por companheiro o philosopho Panecio, e de que os seus proprios estudos particulares não o desviam do cumprimento dos deveres dos seus cargos publicos (1). Noutro logar, referindo-se á palavra do Neoptolemo de Ennio, já acima alludida, insurge-se resolutamente contra a superficialidade nos estudos philosophicos, contra essa ligeira tintura que outros, aliás illustres, romanos recommendavam: «Por mim, Bruto, creio ser tambem necessidade de philosophar: que poderia fazer melhor, sobretudo quando nada tenha que fazer? Mas não me contentarei com pouco (como Neoptolemo). Porque é difficil ao que não estudou quasi toda ou toda a philosophia conhecer algumas partes della e porque não podem escolher-se algumas partes sem o estudo do todo, nem deixar de ser levado pelo interesse ao estudo do todo logo que se conhecem algumas partes» (2).

Mais duma vez, todavia, oppõe Cicero ao saber dos gregos a virtude dos romanos e attribue a estes qualidades superiores. Na primeira *Tusculana* diz que julgou util escrever em latim sobre philosophia, não porque não possa aprender se esta dos escritos e doutores dos gregos, mas porque pensou sempre ou que os romanos inventavam, em todas as circunstancias, com maior sabedoria que os gregos, ou, se delles receberam alguma coisa, a melhoraram... Tudo o que se conseguia pelo genio natural e não pelo auxilio das lettras, tiveram-no os romanos tal que não pode comparar-se com o que alcançaram nem os gregos, nem outra qualquer nação. Em todos os generos d'erudição e de litteratura tinham-nos os gregos excedido (3).

(1) Cicero, *Academ.* II, 2. Vid. o mesmo, *de officiis*, II, I, 2 segg. *Tuscul.* I, 3: «Philosophia jacuit usque ad hanc aetatem, nec ullum habuit lumen litterarum, latinarum, quae illustranda, et excitanda nobis est, ut, si occupati profuimus aliquid civibus nostris, prosimus etiam, si possumus, otiosi.»

(2) *Tuscul.* II, I.

(3) Cicero, *Tuscul.* I, I. Vid. ainda, entre outros logares, *de oratore*, I, 44, 195-97.

No espirito de Cicero, ao lado do conceito do valor da cultura hellenica, pairava o conceito de Ennio, poeta que elle muito estimava e gostava de citar, de que a prosperidade romana estava nos velhos costumes e no valor natural dos homens:

Moribus antiquis res stat romana virisque (1).

(Continuará.)

UN CURSO DE STAMMLER (2)

por D. José Castillejo y Duarte,

Doctor en Derecho.

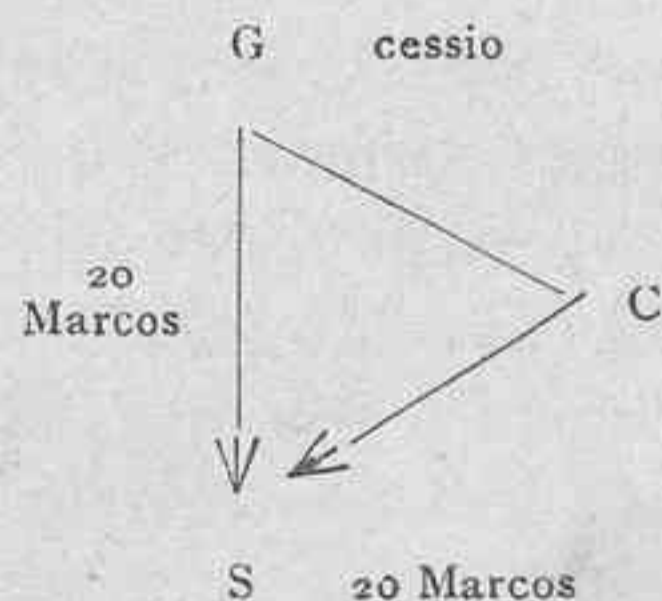
(Conclusión.)

V

Había pensado reproducir aquí, por vía de ejemplo, cómo se ha tratado una institución en las tres etapas; pero ocuparía eso mucho espacio y sería molesto de leer, sin llegar nunca á dar idea del conjunto. Me limito á indicaciones; entendiéndose que en cada uno de los puntos se hizo el desarrollo de lo concreto á lo general, como en los ejemplos más arriba dados.

I.—LECCIÓN (*Vorlesung*).

Tomemos la *cesión* y la *novación*.



Se trata del hecho de que alguien *G* (es la inicial de *Gläubiger*, acreedor, como *S* la de *Schuldner*, deudor, tiene derecho á una prestación en dinero y desea que ese derecho pase á otro, *C*.

Los romanos no admitían la posibilidad de cesión y se valían de una *novatio*: es decir, la obligación entre *G* y *S* quedaba extingui-

(1) Cicero *de republ.* V, I.

(2) Véase el número anterior del BOLETÍN.

da y se creaba una nueva entre *S* y *C*. Con la antigua obligación (entre *G* y *S*), se extinguían también sus accesorios, como réditos, fianza, etc.

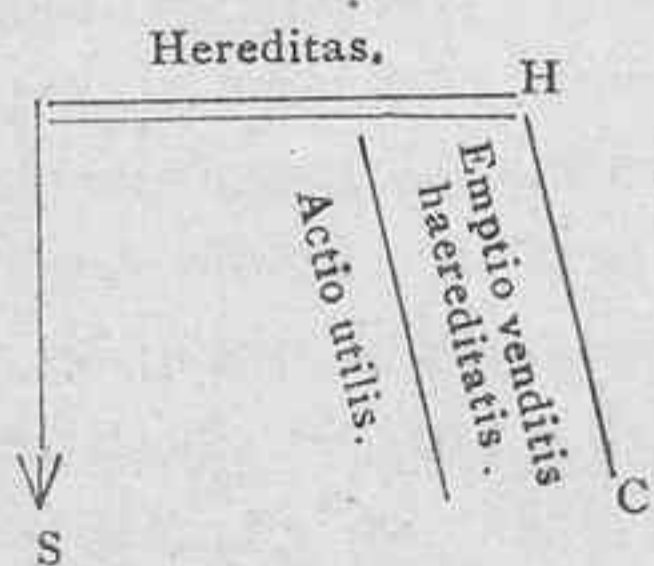
En el período del procedimiento formulario, trataron de facilitar las cosas. La venta del crédito no era posible. Se valieron de un poder judicial. El *C* figuraba como *procurator*. Entre el *G* y el *C*, se celebraba un *mandatum actionis*; el *C* podía demandar al *S* como procurador del *G*. Pero, como antes había pagado *C* al *G* toda la cantidad convenida por el crédito, se entendía que el procurador podía quedarse con el dinero que mediante la demanda recibiera. Era un *procurator in rem suam*.

Había aún una dificultad, á saber: que el mandato seguía siendo tal y, por tanto, revocable en cualquier momento antes de la *litis contestatio*



Para evitarlo, acudió el pretor y dijo al *judex* en la fórmula: «Si el *S* debe tanto al *G*, condena al *S* á que pague esa cantidad al *C*.»

Tercer período (desde 160 d. c.).



Ocurrió este caso: *G* murió y *H* no se atrevía á aceptar la herencia, por estar muy recargada de deudas. Se presentó *C* y le dijo: «acepta y véndeme la herencia». Así se hizo, y *C* entró en lugar del heredero. Pero *H* se enteró luego de que en la herencia había mucho más activo de lo que él había pensado; acudió á un jurista, y éste le aconsejó que escribiera á *C* revocando el *mandatum actionis*. Hízolo así; pero *C* acudió al Em-

perador y se le contestó que, supuestos los hechos tales y tales, la revocación no tiene efecto, dándole una *actio utilis*. Tuvo, pues, el *procurator in rem suam* una *actio utilis* del cesionario. Mas no por eso dejó de subsistir que la obligación era siempre entre cedente y deudor; el cesionario tenía sólo una *actio*. De aquí resultaba que el deudor podía pagar válidamente al cedente, mientras el cesionario no hubiera hecho una *denunciatio* (comunicación solemne al deudor de que á él era á quien había de pagar).

La *actio utilis* del cesionario se extendió á varios casos, por Constituciones imperiales; y Justiniano la aplicó al caso de donación de una acción.

A continuación se dicta el resumen de todo ello, que, repito, ha sido desarrollado como en forma de cuentos, valiéndose de casos prácticos.

En forma análoga, explica los modos de terminarse las obligaciones. Veamos ahora el ejercicio práctico sobre la materia, hecho cinco ó seis días después (1).

II.—EJERCICIOS PRÁCTICOS

Se abre el libro en el capítulo xx. El caso 1, dice Stammler que lo vean por sí. El 2 se analiza rápidamente, sin hallar nada que añadir á la teoría de la cesión.

Caso 3. Dice el libro:

«A debe á B 50 marcos y B otro tanto á C. Conviene en que B levanta la deuda á A, á cambio de que éste se comprometa á pagar á C la deuda de B. El C consiente, por su parte.

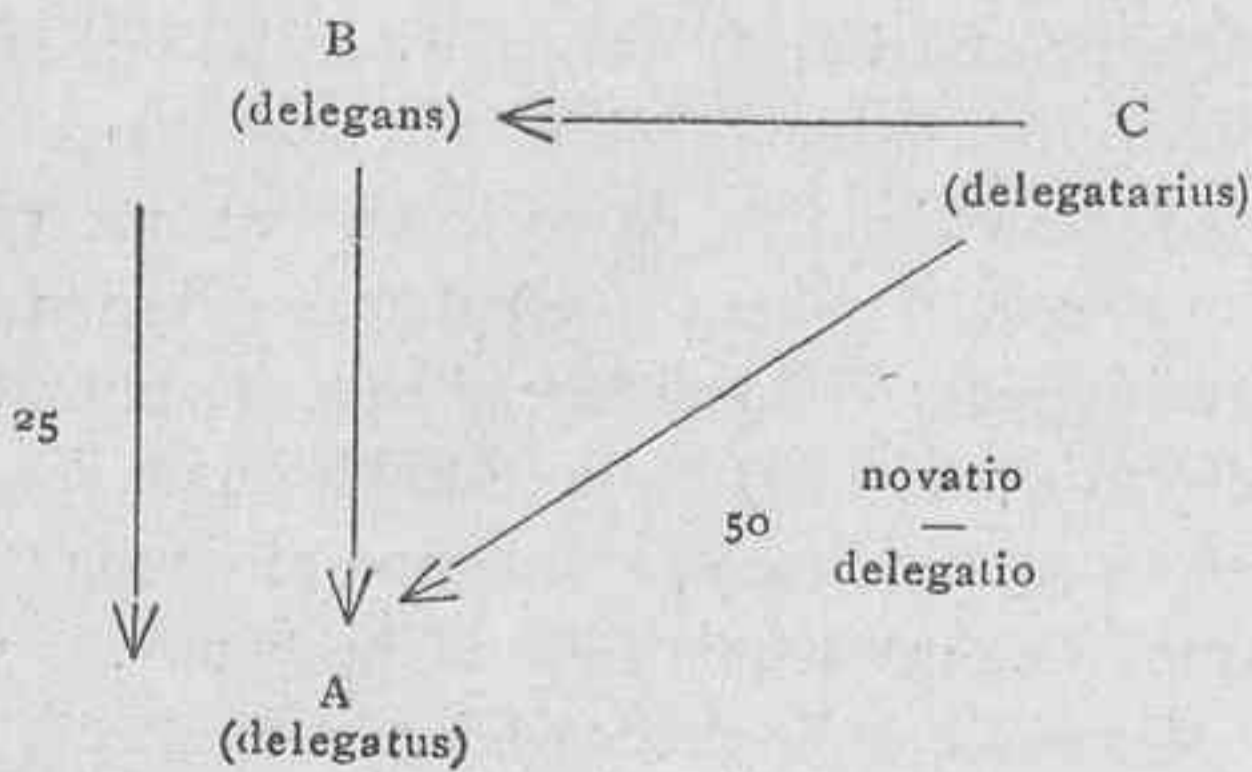
»Pero A no tuvo en cuenta que él tenía, por su parte, un crédito de 25 marcos contra B, ya antes de hacer el convenio mencionado.

»¿Puede A invocar esto y rebajar los 25 marcos de lo que ha de pagar á C?»

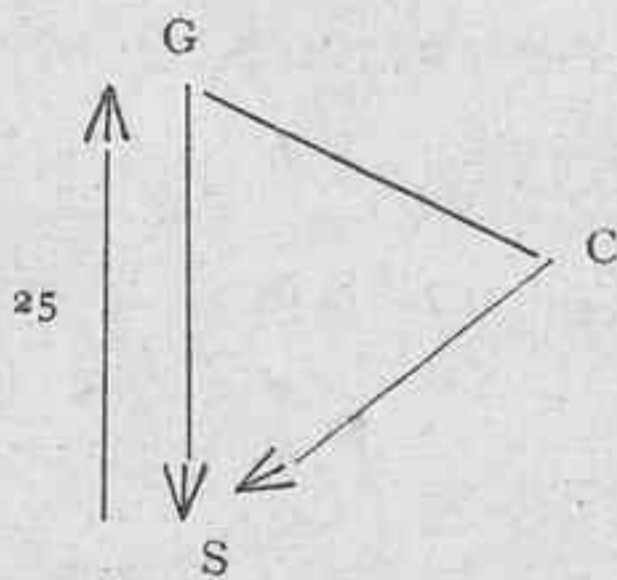
Leído el caso por uno de los alumnos y hallándose éstos muy vacilantes en la contestación y un tanto descaminados (nótese que en el caso hay materia, no desarrollada,

(1) Parece innecesario advertir que reconstruyo con mis notas de clase, sin hacer arreglo alguno por mi parte. Si esto tiene algún interés, es por reproducir, en lo posible, lo ocurrido.

pero sí indicada en la Lección), comienza Stammler á hacer el dibujo en la pizarra y á exponer claramente las relaciones que median.



Trátase de una *novatio*, pero un caso especial que los romanos llamaron *delegatio*. Lo que A quiere alegar es una *compensatio*. Ya hemos dicho que en la *novatio* se extingue una obligación, con todas sus relaciones accesorias, y nace otra nueva, de modo que, en nuestro caso, todas las relaciones entre A y B se han extinguido; el derecho de C contra A no es el mismo de B contra A, sino otro distinto. No hay, pues, lugar á la *compensatio*.



Otra cosa sería, si se tratase de *cesión*. Aquí, la relación C S es la misma que la G S. y, por tanto, la compensación, sería posible. Con este motivo, pregunta qué relación jurídica existe entre G y C, y habla de la *causa-cessionis*, que puede ser muy varia, y determina los efectos entre cedente y cesionario.

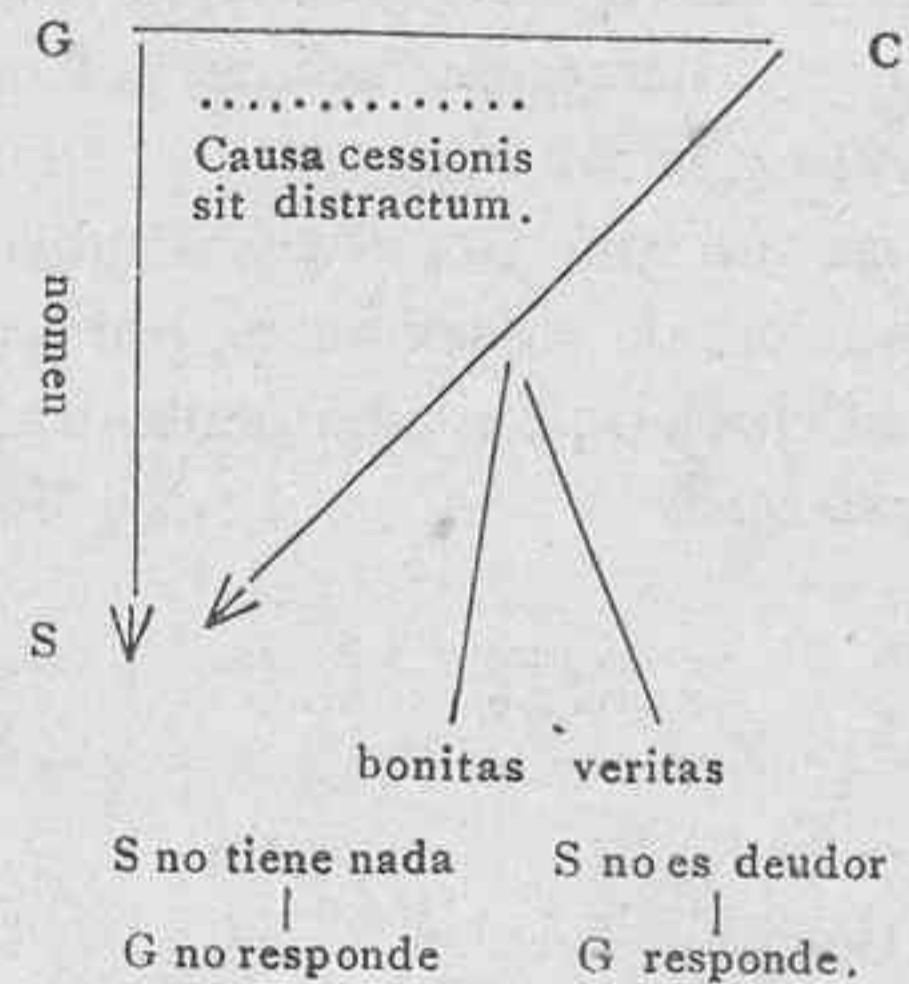
Después se examinan otros casos, referentes á extinción de obligaciones.

Veamos lo correspondiente á la cesión en los

III.—EJERCICIOS EXEGÉTICOS

Se analizó un pasaje del *Digesto* (de Paulo y Ulpiano) L. 4, 5 D. *de hereditate vel actione vendita*, 18, 4. (La cita precisa me excusa copiarlo.) Aprovechó Stammler la ocasión

para recordar lo que era el edicto perpetuo (porque la cita de Ulpiano era del libro xxxii *ad edictum*) y quién era Celso (á quien se invoca). Dió significación de algunos términos (así, *nomen* = crédito de dinero; *distrahere* = vender, etc.); dijo se trataba de una cesión, cuya *causa* era una *emptio-venditio*, y con este motivo expuso la teoría de la *causa cessionis*, desarrollando, siempre con referencia al caso del pasaje y usando sus palabras, la figura en que trató de hacer ver lo que Ulpiano y Paulo decían (compárese el texto del *Digesto* citado).



Acaso basten las noticias que anteceden para dar una idea de lo que han sido los cursos de Derecho romano de Stammler.

VI

El curso de Derecho civil de Stammler á que he asistido llevaba el título de *Practicum de Derecho civil* (con trabajos escritos). Dos horas semanales, ambas en un mismo día y sin pausa intermedia.

Asistíamos unos 40 alumnos. Perteneían éstos á los dos últimos semestres.

Como su título indica, no se trataba de una Lección (*Vorlesung*), sino de ejercicios prácticos en Derecho civil, para alumnos que se hallan al final de sus estudios. Es, pues, según la idea de Stammler, el segundo ciclo de enseñanza, con la compleja finalidad que en las anteriores notas, refiriéndome al Derecho romano, he apuntado. Pero aquí, lo mismo que allí, convierte Stammler la mayor parte del trabajo en Lección (si bien tan *sui generis* como en Derecho romano) y deja reducida la participación de

los alumnos á muy poco más que los trabajos escritos. El libro usado para estos ejercicios es el de Stammler, titulado *Praktikum des bürgerlichen Rechtes für Vorgerücktere*. (*Prácticas de derecho civil, para adelantados*) 2.^a edición. Leipzig, 1903.

Con decir que en ellos se hace en Derecho civil lo mismo que en los ya descritos en romano, con la diferencia de tratarse de alumnos avanzados y ser la profundidad y complicaciones mayores, apenas es preciso añadir otra cosa.

Señala Stammler uno ó dos casos, para que el que quiera haga trabajos escritos. Al comenzar la clase, devuelve éstos (cada uno con una nota de calificación al pie), y refiriéndose á ellos, dice Stammler las tendencias que se han pronunciado, y hace un estudio y exposición, más ó menos extensos, de las instituciones que los alumnos han invocado para calificar las relaciones jurídicas del caso, poniendo de relieve, cuando la cosa merece la pena, lo que (1) no tuvieron en cuenta.

El tiempo restante se emplea en seguir Stammler exponiendo materia sobre algún otro de los casos del libro. Alguna vez, suele preguntar á los alumnos qué les parece, cómo resolverían el caso, cómo calificarían la relación jurídica; pero esto, siempre, de modo brevísimo, como si la intención no fuera otra que estimular la atención y comprobar si han entendido lo dicho. Al terminar cada serie de figuras y razonamientos, pregunta si alguien tiene algo que oponer ó necesita aclaración, y no es raro que los alumnos hagan uso de ese requerimiento.

También aquí existe el dictado, reducido del mismo modo á pequeñísimos límites (8 ó 10 minutos, en las dos horas). Cuando de la exposición resultan principios generales, observaciones que conviene precisar, etc., se hace un dictado de algunas líneas. Aquí mucho menos aún que en Derecho romano, tampoco, puede llamarse á lo copiado «apuntes de clase».

Los alumnos toman algunas notas, pero

sólo sueltas, porque Stammler habla con demasiada rapidez, porque escribe y dibuja al mismo tiempo y porque la profundidad y concentración con que trata la materia requieren la plenitud de atención y no dejan tiempos intermedios para escribir.

Otra circunstancia que dificulta esto es el manejo del Código. Stammler es un prodigio de memoria para retener y citar, sin cometer un solo error, los números de los artículos del Código, sin tener éste á la mano. No es ya sólo que lleve á la clase aprendidos los números de los artículos que piensa citar, sino que, á cualquiera observación de un alumno, le replica citando de memoria números de artículos de diferentes libros de aquél. Los alumnos, en cambio, necesitan buscarlos y leerlos. Cada alumno tiene siempre delante su ejemplar.

La materia que en este curso ha tratado Stammler se ha referido, muy principalmente, á la parte general del Código; si bien, al examinar los casos, había que ponerse en contacto con las instituciones de la parte especial. Sin embargo, no puede decirse que los Ejercicios hayan constituido un curso de parte general del Código.

Stammler tiene en esto un criterio, cuya raíz filosófica no he podido aún ver con claridad. El estudio de un caso significa para él poner en claro estas cuestiones: 1.^a Qué personas intervienen y su posición. 2.^a Qué relaciones jurídicas existen. 3.^a En qué consiste la pretensión del demandante. 4.^aCuál es la defensa del demandado.

No sólo aplicaba este criterio á todos los casos, insistiendo en su necesidad é infalibilidad (por ser un método), sino que ha hecho un estudio especial del contenido de cada una de estas cuestiones, como tales, en abstracto, dando cuadros donde decía agotados los problemas de método para tratar las instituciones jurídicas en su contacto con la práctica y en su engranaje con el procedimiento (1).

Es decir, que no sólo estudia el Código

(1) No cita nombres, ni se sabe á quién se refiere, ni él mismo probablemente se acuerda. No hay, pues, en absoluto censura pública.

(1) No copio cuadros, porque su interés mayor está en compararlos con el Código alemán y ver de qué manera tan completa lo contienen; y este sería un trabajo de especialización, que no interesaría quizá, de modo directo, á todos los profesores.

en casos concretos, sino que coloca siempre el Derecho en la situación de lucha, en la forma retorcida y anormal en que se presenta ante los Tribunales. Deshace por completo y desmenuza el edificio del Código y la constitución sistemática científica que los alumnos se hayan hecho del Derecho civil, para agrupar los materiales tal como ante un Tribunal se presentan, ó mejor dicho, deben presentarse: es decir, no según las categorías «Derecho de las cosas», «Derecho de sucesiones», etc.; sino según el criterio «Personas», «Relaciones», «Preten-sión», «Defensa».

Mas no se crea que, por hacer el estudio, de un lado, sobre casos concretos, y de otro según el reflejo de un pleito, se convierten los Ejercicios en un remedo de tribunal, en algo así como lo que suele ser la Práctica forense y redacción de instrumentos en nuestras Universidades, una aplicación de lo estudiado en el procedimiento para dar aptitud práctica. Nada más lejos que eso.

Las prácticas en Alemania no se hacen en la Universidad, sino que, terminado el trabajo en ésta y hecho el examen de Estado, tienen que pasar los alumnos varios años, recorriendo toda la escala de Tribunales, los bufetes de fiscales, abogados y notarios, trabajando en cada uno de esos puntos, gratuitamente, durante cierto tiempo, antes de poder hacer el examen (no oposición), que puede darles un lugar en la judicatura, etc.

Stammler, en estos Ejercicios (á pesar de su nombre de prácticos), no se ha propuesto hacer prácticas, sino enseñar una *doctrina científica filosófica* y un *método puro* con que la práctica, en toda su complejidad, pueda ser dominada y regulada. Ha sido un estudio filosófico de cómo el Derecho, cuando hay una lucha, se presenta y pueden sus problemas ser metódicamente estudiado y resuelto (1).

Que la raíz de esto es una determinada concepción filosófica, parece deducirse de la

(1) Con esto está dicho que, ni por incidencia, se han dado fórmulas ó reglas de aplicación material. El caso concreto servía de motivo para presentar cuestiones y de éstas se pasaba á los principios abstractos.

tendencia dominante en la última parte de *Die Lehre von dem richtigen Rechte*. Mas aparte de eso, que yo no estoy aún en situación de determinar, hay sin duda otro fundamento. Stammler se propone educar juristas, poniendo en sus manos todos los elementos filosóficos y metodológicos necesarios para ser buenos prácticos.

Comprueba esto un segundo aspecto, muy interesante, de sus Ejercicios.

Stammler ha pensado, probablemente, que los alumnos tienen, para regular la marcha de un asunto, los artículos de la ley procesal, y para resolverlo, los del Código civil, y que esos artículos están hasta la saciedad aclarados y comentados, sin que haya que volver á ellos. En cambio, hay que dar á los alumnos: a) Una visión clara total del Derecho en lucha, difícil de percibir en el embrollo del articulado (á esto me referí ya); b) un criterio formal para decidir aquellos casos en que el legislador, de propósito ó por descuido, no ha consignado una solución concreta.

Esta segunda parte la ha realizado, dando, con motivo de los casos que se examinaban, los principales rasgos y fundamentos de la doctrina que en su citado libro expone, referente á la interpretación de las palabras del Código con que el legislador se ha propuesto aminorar ó evitar por completo la rigidez de la letra, en beneficio del arbitrio del juzgador.

El fin de Stammler era precisamente educar ese arbitrio de los futuros juzgadores en las máximas de su *Derecho justo*.

Extraoficialmente, suele tener Stammler un *Privatissimum*. En este semestre, se lo impidieron las ocupaciones del Rectorado, hasta el mes último, en que cesó en el cargo. Así, que no hubo sino dos sesiones.

Invita generalmente doce alumnos á su casa. Lee uno el trabajo que haya preparado (generalmente, Filosofía del Derecho, ó cuestiones filosóficas de Derecho civil), y se habla luego de la materia un par de horas.

Stammler no se limita á encauzar la discusión, sino aporta y defiende una convicción filosófica, ó una solución determinada.

Esas reuniones suelen ser tres ó cuatro ve-

ces al mes. Se trabaja de 6 á 8, cenan los alumnos con la familia de Stammler y se permanece en sociedad hasta las 11.

Cuatro ó cinco veces he asistido á sesiones de una asociación de estudiantes para el cultivo de las ciencias políticas. Concurren algunos Profesores y Privatdocenten. Uno de ellos diserta sobre un punto y se abre discusión sobre él. Cuando son Profesores los que intervienen, el interés se eleva, porque aportan ideas y datos. En cambio, entre estudiantes la discusión suele pecar de vacía.

Todo ello, con su forma de discusión (1) y su presidencia, etc., tiene un cierto sabor anticuado y se halla hoy en plena decadencia. Todos hablaban de tiempos anteriores de florecimiento y vida. Stammler tiene el propósito de procurársela nueva en el próximo semestre, pero ignoro con qué elementos.

Por último, la Biblioteca del Seminario de Derecho y la visita de algunos centros docentes de segunda enseñanza, han absorbido el resto de mi tiempo laborable. Indicaciones de estos puntos, salvo las que daría á cualquier Profesor que especialmente las deseara, creo no cuadran al carácter y á la extensión de estos apuntes.

REVISTA DE REVISTAS

ALEMANIA

Zeitschrift für Schulgesundheitspflege.

(Revista de higiene escolar.—Hamburgo.)

SETIEMBRE

Las cantinas escolares en general y su situación en la ciudad de Padua, por el Dr. Tonzig.—Se refiere al informe del profesor Serafin, director del Instituto de Higiene de

(1) Hay que rendir homenaje á la verdad, diciendo que, en la discusión, no sólo faltan en absoluto los ataques personales, sino las introducciones, las retóricas y los ademanes y pretensiones oratorias.

Padua, que contiene datos y resúmenes muy circunstanciados acerca de la forma de este auxilio á los alumnos primarios de aquella ciudad, necesitados de él. Preceden razonadas consideraciones sobre el deber social de reducir, hasta suprimirle por entero, el número de niños hambrientos ó mal alimentados, en aumento desde que existe la obligación escolar, los cuales desgastan más aún su organismo en las escuelas, sin libertad para buscarse recursos de otro modo durante el período de la primera enseñanza; beneficio éste que no debe considerarse sólo como individual, sino también como extensivo á la sociedad entera, cuya cultura y bienestar común se aumentan con los resultados de la obra escolar. Entre las conclusiones de su trabajo figuran las siguientes: el almuerzo facilitado á los alumnos pobres debe contener la mitad de la alimentación diaria que el niño necesite y constar de un 53 por 100 de hidratos de carbono, 25 de grasas y 22 de albúmina; que debe preferirse, en invierno sobre todo, la ración caliente, aunque por las dificultades del reparto, la mayor economía y hasta por el gusto de los mismos niños, se inclina la práctica á favor de la comida fiambre ó en seco; que en la elección del menú debe tenerse en cuenta, no sólo el aspecto higiénico, sino las costumbres y preferencias de cada localidad; que debe tenderse á descentralizar en lo posible las cocinas y, por lo tanto, calcularse en los nuevos edificios local para guisar, á la vez que para la distribución del almuerzo; y, por último, que es siempre muy preferible la responsabilidad directa de los funcionarios municipales para este servicio, que la mera intervención de Sociedades ó particulares, sin suficiente vigilancia de parte del Municipio.

La explicación de las relaciones sexuales, por Th. Oppler.—Se opone al criterio manifestado poco ha en esta misma Revista por el Dr. Flachs, de prolongar todo lo posible en los adolescentes el período anterior á la pubertad, y de rehuir toda ocasión, ya sea lectura ó ya contemplación de obra artística, que pueda suscitar el que llama temeroso problema de la sexualidad. Precisamente, para evitar los inconvenientes de una curio-

sidad, excitada á cada paso en el niño por palabras á medio comprender, conversaciones interrumpidas de repente, etc., es preciso que en la escuela misma, con motivo de las lecciones sobre higiene, se dé una explicación completa de la fisiología y patología de las funciones de la generación, único medio de inspirar respeto al propio cuerpo. Cree la autora de este artículo (la cual desempeña en Breslau una plaza de médico escolar) que debe considerarse ya pasado el tiempo en que se adopta el sistema de alejar á una joven cuando el médico tiene que reconocer á un hermano menor, y más aún al dar á luz su madre, justamente en los momentos en que son de mayor utilidad los cuidados de una hija.

Sociedades y reuniones.—El 2 de Mayo último celebraron en Zürich una sesión las autoridades escolares, con asistencia del arquitecto municipal, para terminar los detalles relativos á la instalación de una nueva escuela. Se acordó que las mesas tuviesen ocho tamaños distintos, según la altura de los alumnos (desde 111 á 180 centímetros), con tres centímetros de distancia negativa respecto del asiento, y con descanso para los pies, no estriado, sino compuesto de costillas sueltas. Las cifras de cada dimensión para el banco, mesa, respaldo y grados de inclinación van incluidas en un cuadro que contiene 21 distintas medidas para cada uno de los ocho tamaños. En cuanto á la iluminación, se acordó ampliar los ensayos que se hacen en las clases con luz indirecta.—El II Congreso de la Sociedad de los Países Bajos, fundada para el fomento de los baños escolares y del pueblo, se reunió en Scheveningen, habiéndose acordado promover, mediante conferencias, publicación de folletos, etc., la difusión de los fines sociales, hasta llevar á todas partes la convicción de que el debido cuidado de la piel es suficiente para precaver las enfermedades epidémicas. Se puso como ejemplo el de la ciudad de Amsterdam, que acaba de destinar 20.000 florines para un nuevo establecimiento de baños escolares, así como el de la Haya, al contribuir con 15.000 al segundo de los que sostiene.

Varietades y noticias.—Acaba de publicar

la Dirección de estadística de la Confederación suiza los resúmenes del estado sanitario correspondientes al contingente escolar de 1901 y 1902. De los 110.000 niños reconocidos, una décima parte resultó no completamente normal, aunque sólo un 5 por 1.000 de ésta con carácter incurable, y la gran mayoría con ligeros defectos, de los cuales triunfa el tratamiento educador, ó el mismo desarrollo corporal sucesivo.—Una detallada investigación hecha en dos mil escolares de Tubinga, con respecto á la vista, ha dado á conocer que el 65 por 100 la tienen perfecta; que el máximo de miopía está en los alumnos del período final de la 2.^a enseñanza, y en las clases de costura, por lo que se refiere á las niñas; si bien hay que atribuir también esta situación, en gran parte, á las malas condiciones de la habitación doméstica.—La ciudad de Reichenberg (Bohemia) dedica particular atención al reconocimiento de la boca en los alumnos de sus escuelas; los últimos datos manifiestan que, si bien no es del todo favorable su situación actual (cerca de un 14 por 100 de dientes defectuosos ó enfermos), la asistencia facultativa escolar ha contribuído mucho á su mejora, habiendo practicado empastes en el 12 por 100 de los casos. La dentadura de las niñas está, por lo general, en mejores circunstancias.—En sesión de 21 de Junio último, dió cuenta M. Grancher, ante la Academia de Medicina de París, del estado sanitario en dos escuelas de la capital: de 438 alumnos, había 312 sanos; el 14 por 100 del resto tenían manifestaciones, ó graves sospechas, de tuberculosis. De 458 alumnas había 79 enfermas. Recomendó las escuelas rurales de restablecimiento para los escolares necesitados de cambiar de aires.—Los 36 médicos escolares de Berlín á quienes corresponde el reconocimiento de los 15.000 alumnos ingresados el año último en las 271 escuelas municipales de la capital (de 300 á 500 cada uno), han hallado una décima parte de ellos, próximamente, retrasados en la enseñanza por causa de enfermedad grave; como escarlatina, difteria, etc., ó por padecer anemia, raquitis ó escrófulas. Resultó también un número importante de defectuosos en cuanto al desarrollo mental, y otro

todavía considerable de padres que siguen sin dar oídos á las prevenciones del médico tocante al tratamiento de sus hijos.—La beneficencia escolar del cantón de Zürich, durante el año 1903, ha sostenido (en su capital, principalmente), diez asilos donde se facilitó merienda y juego, después de las clases de la tarde, á unos 300 niños; 17 cursos de trabajo manual, con 260 alumnos, durante las cuatro semanas de vacaciones, dando á cada uno tres decilitros de leche y un pedazo de pan; paseos y juegos, en las tardes de verano, también con merienda, á los niños que no salieron de la localidad, y, por último, vestidos y comida para los escolares necesitados, constandingo ésta de sopa y pan al mediodía, algunas veces ración de embutido, carne ó queso. En ciertas localidades se prefirió pan y leche; hubo también algunas en que los padres contribuyeron con una pequeña parte de los gastos, para demostrar que no desconocían su deber de alimentar á sus hijos.—En la misma ciudad los directores del instituto y de las escuelas de industria y comercio han manifestado á los padres de familia que está prohibido á los alumnos comprar golosinas en las tiendas cercanas; que sólo es lícito, de no traer cada uno su pequeño almuerzo para media mañana, y esto sería lo mejor, comprar un panecillo y una ración de leche caliente (ésta por 10 céntimos), habiéndose gestionado para que pueda venderse en un local al efecto del mismo establecimiento de enseñanza.—Un diario de Berlín hace la siguiente observación: suponiendo que la mitad de los alumnos de las escuelas municipales tenga ocasión de hacer, fuera de ellas, el ejercicio corporal necesario al niño, y que en los patios y campos de juego la practiquen otros siete mil, todavía quedan cien mil alumnos á los cuales no se atiende actualmente; y de ellos no es aventurado calcular que más de la mitad carecen de salud suficiente para ir pasando sin este elemento restaurador. Por eso aplaude la iniciativa de la Sociedad gimnástica de obreros «Fichte», al establecer sitios de juego libre en la periferia de la capital; el mezclarse en ellos algún factor de perturbación no será mayor inconveniente que la escasa aptitud que para dirigir juegos tie-

nen muchos maestros.—Otro periódico da cuenta de haberse constituido en la misma ciudad una Sociedad de excursiones, muy bien recibida en todos los círculos. Las realizará cada dos domingos, y comunica al público extensas instrucciones acerca de ellas.—En Estrasburgo hay seis campos de juego, concurridos por mil escolares, en término medio, cada día, dirigidos en el curso pasado por 17 profesores. El Municipio se propone contribuir para los gastos de modo que se pueda dar, además, durante las vacaciones, un pequeño almuerzo á los niños necesitados.—En su 5.^a asamblea acordó la Sociedad alemana de baños populares no sólo recomendar esta importante práctica de higiene, sino aspirar á declararla obligatoria para las escuelas, en forma de ducha, salvo los casos exceptuados por el respectivo médico escolar. Desaprobó también la petición de las asociaciones de maestros católicos respecto de que no sea permitido el baño escolar en común.—Las medidas efectuadas en unos 300 alumnos de un instituto de 2.^a enseñanza austriaco, con ocasión de adaptar á ellas los bancos y mesas de las clases, han comprobado el hecho de que el excesivo trabajo retarda el crecimiento corporal, y el descanso le favorece; siendo, por término medio, aquél de 0,30 centímetros en cada mes del curso, sube ordinariamente á 0,64 durante las vacaciones.—Trató este mismo asunto, con relación á los ejercicios gimnásticos, el profesor Gaule en dos discursos ante la Sociedad de profesores de gimnasia de Zürich, previniendo contra el abuso de este poderoso medio de educación física á que puede dar lugar el desconocer las leyes del desarrollo corporal, sobre todo en su fase del crecimiento, en las cuales tanto queda por estudiar.—En el libro «Los americanos», del profesor Münsterberg, se lee que de 628 ciudades americanas, 587 tienen en todos los grados de la enseñanza pública reunidos niños y niñas; completamente separados, sólo están en 13. El 91 por 100 de la juventud de América recibe instrucción en establecimientos oficiales.—Una Revista pedagógica publica el resultado de la información realizada en una escuela de estudios realistas, de Berlín, tocante al uso

de la cerveza por los alumnos: más del 80 por 100 la bebían en las comidas, sobre todo de la noche; y con este motivo censura el escaso cuidado de los padres en cuestión tan esencial.—Del Congreso internacional de higiene de Nürenberg ha surgido la idea de una publicación titulada «Archivo internacional de higiene escolar», que admitirá todo trabajo doctrinal ó de investigación, relativo á este objeto, y escrito en alemán, inglés, francés ó italiano, que lleve grabados fáciles de reproducir. El director será H. Griesbach, Mulhausen (Alsacia-Lorena).—En la 76.^a asamblea general de naturalistas y médicos alemanes, que se celebrará en Breslau del 18 al 24 de Septiembre, se discutirán, entre otros, tres temas relacionados con la higiene escolar: Organización del servicio de los médicos escolares; La escuela y la vista; Historia de las ciencias naturales en la segunda enseñanza.—En 1.^o de Agosto se inauguró la institución fundada en un bosque próximo á Charlottenburgo para niños retrasados; consta de cuatro pabellones, destinados, respectivamente, á escuela, hospedería, salón abierto y á baños y lavadero. Ha costado unos 20.000 marcos, calculándose en poco más de 8.000 el gasto por los tres meses de verano; á él contribuyen con 50 céntimos diarios por alumno las familias que pueden hacerlo; actualmente hay 120 niños (20 lo más en cada clase) y reciben visita semanal del médico.—El gobierno de Anhalt ha circulado á los directores de escuelas instrucciones detenidas sobre el modo de hacer la limpieza en las clases y dependencias del edificio: se practicará una total en cada período de vacaciones, fregando los suelos con jabón, sosa y agua caliente; al barrido diario precederá el empleo de serrín ó de turba molida, siguiendo el lavado de mesas y muebles, después de limpiar las paredes. Para el uso de aceite contra el polvo, se remite á reglas anteriores. No se permite intervención alguna de los alumnos en estas faenas.—La autoridad académica del cantón de Berna encarga la mayor parsimonia tocante á los trabajos que hayan de hacer en su casa los alumnos: quedan prohibidos para las tres primeras secciones, así como los de labor manual, dibu-

jos, y los impuestos como castigo. Se llevará para todos los demás un registro que permita distribuirlos proporcionalmente dentro del curso, excluyéndose las vacaciones, los días de calor excesivo, los festivos y domingos. Tampoco se pueden encargar trabajos de la mañana para la tarde.

Disposiciones oficiales.—Del Ministerio de Instrucción de Austria encareciendo á las autoridades escolares y al gobierno de la provincia de Trieste la conveniencia de que por todos los medios se fomenten los ejercicios de natación, para lo cual pueden contar con ciertas subvenciones del Estado, destinadas á facilitar á los escolares pobres este beneficio.

Libros nuevos.—*Ventilación y caldeo de las escuelas.* Viena, 1904. (En alemán.) Contiene este folleto tres discursos pronunciados ante el club de higiene pública de Praga, y su interés principal está en que refleja las circunstancias sanitarias de Bohemia, por más que tengan también aplicaciones generales. Fija en 20 centímetros cúbicos el aire puro que debe corresponder, por hora, á cada alumno.—*Pequeño manual de higiene,* por el Dr. A. Flachs. Nürenberg, 1904. (En alemán.) La dificultad de un libro para las escuelas consiste en que sólo comprenda lo que es esencial, y en que no contenga dato alguno inexacto. En el presente quizá no están bien cumplidas ambas condiciones.—*La limpieza en las clases,* por A. Bennstein. Berlín. (En alemán.) Sin que diga cosas nuevas, es un trabajo útil, en que recomienda el linoleum y las mesas Rettig.—*A través de la cuestión de la mesa escolar,* por K. Stetter. (En alemán.) Es un discurso en que critica los sistemas actuales y defiende las mesas de dos plazas, en especial del sistema Rettig.—*Enfermedades mentales de la edad infantil, particularmente en el período escolar,* por el Dr. Ziehen. Berlín, 1904. (En alemán.) Forma parte de las monografías de psicología y fisiología pedagógicas publicadas por el autor y el profesor Ziegler. Continúa trazando un cuadro conciso y exacto de las dolencias de los niños, utilizable por toda clase de personas.—*De los establecimientos de convalecencia situados en los bosques para niños enfermos, en particular los tuberculosos,* por

W. Becher. Berlín, 1903. (En alemán.) Creación de la Cruz roja, debe continuarse esta importante obra por las sociedades de señoras y centros análogos.

Sumario de la Revista *El Médico escolar* (suplemento de la anterior): *Los médicos escolares en Alemania*, por el Dr. P. Schubert (continuación).—*Variedades*.—Instrucciones para los médicos escolares de las primarias de Worms.—J. ONTAÑÓN.

SUMARIOS DE REVISTAS PEDAGÓGICAS

Die Deutsche Schule

(La escuela alemana.—Berlín.)

OCTUBRE

¿Qué debe ser el arte en la escuela? (*Anthes*).—La cultura universitaria de los maestros elementales; réplica á E. Ries (*Paulsen*).—Contra la organización escolar de Mannheim (*Pretzel*).—Crónica.—Ideas y opiniones: Rectificación y justificación (*Langermann*).—Nota del editor.—Noticias: Los estudios universitarios del maestro elemental.—El problema psicológico y el didáctico.—Importancia de la experimentación pedagógica.—Los escritos en alemán.—Trasformaciones en la esfera de la pedagogía.—¿Por qué tenemos escuelas superiores?—Ciencia americana y ciencia alemana.—El instinto.—Breves extractos de revistas.—Personal.—Informe bibliográfico: Historia Natural.—Noticias bibliográficas.—Publicaciones recibidas.

NOVIEMBRE

Relación entre la psicología pedagógica y la psicología teórica (*Grosser*).—La indiferencia religiosa.—Los anhelos religiosos.—Libros populares de historia religiosa (*Beier*).—Palabras que adquieren vida; contribución al problema de los ejercicios de redacción (*Gansberg*).—Crónica.—Ideas y opiniones: El caso de «Beyl-V. Berlichingen».—Sexta asamblea de la Sociedad para el estudio del niño.—Otto Ernst y la «Deutsche Schule».—Noticias: «El fin de la escuela de Ziller».—La cultura universitaria de los maestros elementales.—«Pedagogía social».—Museos escolares.—Breves extractos de revistas.—Personal.—Informe bibliográfico:

Historia Natural.—Geometría.—Cálculo.—Para Navidad: Noticias bibliográficas.—Revistas.

Die Kinderfehler.

(Los defectos de los niños.—Langensalza.)

JUNIO

Las degeneraciones psicopáticas, como causa de la delincuencia en la juventud (*Trüper*).—Un descubrimiento notable sobre la importancia de la glándula tiroidea (*Dupont*).—Medicina y pedagogía (*Trüper*).—«Protección á los mentalmente débiles».—El Congreso de psicología experimental de Giessen (*Ufer*).—El primer Congreso internacional de higiene, celebrado en Nuremberg, del 4 al 9 de Abril de 1904 (*Frenzel*).—La sordomudez (*Mayor*).—Cursos teórico y práctico del método froebeliano para maestras del Jardín de infancia y para maestros y maestras elementales.—Curso de vacaciones en Jena.—La reunión de la Sociedad para el estudio del niño, correspondiente á este año.—Contestación á cartas.—Bibliografía: Archivo de lenguas muertas y vivas (*Ufer*).—Berkhan, «La debilidad mental innata y la adquirida en la primera edad» (*Trüper*).

AGOSTO

La herencia y los defectos hereditarios en su importancia para la educación de la juventud y del pueblo (*Hieronymus*).—¿Qué importancia tienen la psicología y la psicopatología de los años de crecimiento para la higiene escolar? (*Engelhorn*).—Estado actual de la pedagogía curativa en Hungría (*Ranschburg*).—La educación y la enfermedad (*Hermann*).—El niño en el arte (*Kerst*).—Un caso de afasia motora (*Dörreich*).—Los caprichos de los niños (*Bock Neumann*).—La incontinencia de orina durante el sueño.—El niño afeminado.—A las Sociedades de psicología infantil y de pedagogía curativa y á los amigos de estas ciencias.—Bibliografía: «Protección para los mentalmente débiles» (*Trüper*)—Gutberlet, «La lucha por el alma» (*Ufer*).—Ament, El progreso del estudio del niño, desde 1895 á 1903 (*Ufer*).—Ribot, «Psicología de los sentimientos» (*Ufer*).—Kroiss, «Método para enseñar á oír á los sordomudos» (*Danger*).

ENCICLOPEDIA

LA VIDA DE LOS ASTROS ⁽¹⁾

por el Profesor D. Augusto G. de Linares,

Director que fué de la «Estación de biología marina», de Santander.

(Continuación.)

§ 2.

Ante todo, rectificaremos dos errores en que Virchow incurre.

Ni los astrónomos americanos son los primeros sabios que llaman á los astros células, ni les dan tampoco este nombre porque sean redondos como ellas.

No es muy extraño que el insigne patólogo desconozca el estado actual y las fases anteriores de las teorías sidéreas; pero quien aspira, como él, á erigirse en órgano de la severidad y del rigor en el cultivo y difusión de la Ciencia, y juzga en nombre de esta elevada representación á los que ofenden con su precipitada ligereza la dignidad seria y respetable del magisterio docente, obligación tenía, y bien estrecha por cierto, de conocer á fondo las tendencias de la Astronomía contemporánea, y aun los rasgos más decisivos de su pasada historia, antes de señalar con tono magistral y presumido dogmatismo á la burla de las gentes el delirio *extravagante* de unos astrónomos, autorizados hoy á devolverle con creces las diatribas acerbadas que de él han merecido.

Verdad es que no las habría formulado quizá, si dejando por un momento los tumores y el cadáver, se hubiese dado á buscar entre filósofos y naturalistas alguna huella de disparates tan asombrosos como este de los astrónomos de América. *Células*, en efecto, ha llamado á los astros, años hace, un insigne compatriota de Virchow, médico y naturalista como él, pero á la vez filósofo y hombre de cultura vastísima, Carlos Gustavo Carus, último y egregio representante de la escuela de Schelling, de la *Filosofía de la Naturaleza*, hoy renovada con otro nombre y sentido quizá menos orgánico, por

Ernesto Haeckel y los adeptos á su monismo.

Células llamó también á los cuerpos sidéreos el Dr. Baumgärtner, otro compatriota de Virchow, que expuso idea tan peregrina hará dos años en la Revista intitulada *Naturaleza*, redactada por Carlos Müller y Otouhle.

Parecerían, seguramente, algunos otros, que aventuraron igual nombre para los individuos cósmicos; si necesario fuese añadesu extravagancia á la de Carus y Baumgärtner, para atenuar así la de los astrónomos del Nuevo mundo.

Pero, salvo pronunciar el nombre de *célula*, son ya muchos lo que han dejado entender claramente que son los astros para ellos seres vivos, verdaderos organismos, sencillísimos sin duda, y pues célula y organismo, como luego veremos, son dos aspectos de una misma idea, dos nociones hoy equivalentes, que pueden tomarse una por otra, sin riesgo de faltar á la verdad en un punto siquiera, bien puede ya decirse sin ambages, resueltamente, que sobran, en efecto, extravagantes que tácitamente llaman *células* á los cuerpos sidéreos, ya que los reputan seres orgánicos del todo.

Tratándose de un hombre no tan eminente como Virchow, á quien se ofendería, sin duda, sospechando que necesita ver escritas las ideas, figuradas con sus letras las palabras, para leer el verdadero pensamiento de un autor cualquiera, admitiría disculpa el que hubieran pasado ante sus ojos afirmaciones repetidas de pensadores diversos sobre la organicidad de los astros, sin que le hiciesen sospechar las consecuencias que llevaban implícitas.

En él no es lícito suponer inadvertencias de este género, excusables en quien no sabe *leer entre renglones*, como se dice vulgarmente. Su pecado es sólo de ligereza y falta de severidad científica, al atreverse á producir juicios categóricos en materias á que no alcanzaba su cultura, grandísima por lo demás. ¿Cómo, de otro modo, habría podido aventurar una sola frase irónica en asunto tan serio? Si hubiese llegado á presumir siquiera que, á nombres como los de Keplero y Campanella, y otros quizá de anteriores

(1) Véase el número anterior del BOLETÍN.

épocas, se enlacen los más recientes de Oken y Zachariæ, Keferstein y Meunier, Gallicier, Preyer y acaso Fechner, y aun varios otros, ilustres unos en la esfera de la Filosofía natural; reputados otros en la de la observación empírica, positiva, de la naturaleza, en sus fenómenos y seres variados; autorizados todos y dignos de respeto, ¿le habría ocurrido calificar de extravagancia una idea de tan antigua y honrosa tradición?

Y cuenta que todos estos pensadores dicen expresamente ser los astros organismos positivos, tan completos en su límite como los animales y plantas. Pero son mucho más numerosos todavía los que lo piensan sin declararlo, no obstante, con frases y voces adecuadas, los que dicen acaso lo contrario; y sin embargo, nada tan llano y fácil como el adivinar que no es su verdadero pensamiento el que declaran en términos expresos, sino el que yace oculto en otras de sus afirmaciones categóricas. ¿Qué astrónomo no reconoce hoy en los astros individuos naturales que subsisten merced á una mudanza continua en sus estados de actividad, forma y materia? ¿No hablan todos de la evolución, del desarrollo incesante, en que se agitan estos seres desde su nacimiento hasta su muerte? Las diversas fases y los ciclos variados que en este desarrollo ofrecen, la historia que elaboran, ¿no son ya verdades de asentimiento general? De la tierra, como el astro que nos es más familiar y accesible, ¿habrá geólogo que no afirme una incesante metamorfosis, base de su persistencia?

Pues si, de todos ellos, unos llaman después seres vivos, orgánicos, á los que existen en continua mudanza, á los que cambian de forma á cada paso y de materia á cada instante, y la intensidad de cuya energía oscila sin parar; otros, sin dar razones de este género, las piensan, sin embargo, ya que ponen la esencia de la vida en la nutrición, reproducción y metamorfosis, términos que, explicados, coinciden, se resuelven en los hechos acabados de indicar; si, por lo tanto, así los segundos como los primeros de estos pensadores, expresa ó calladamente, caracterizan la vida, y la atribuyen á los seres que existen, de un modo esencialmente idéntico

al que reconocen y declaran en los astros, ¿no es lícito, mejor dicho, necesario, afirmar que astrónomos y geólogos, sépanlo ó lo ignoren, piensan, en efecto, vivos, orgánicos, á los seres cósmicos?

Y ante esta afirmación, latente en las entrañas de estas ciencias, que se trasparenta y luce tras un mundo de prejuicios y contradicciones, incapaces de ocultarla á la mirada de un espíritu culto y discreto, ¿cabe presumir que fuere letra muerta para Virchow y escapara á la sagacidad de su talento? Ahora, como antes, no toleran los principios elementales de crítica inferir á un hombre superior el agravio de tan grande torpeza; su falta es la ya dicha: ligereza de juicio en materia ignorada.

No es de otro género, ni menos grave tampoco, la que padece luego al afirmar que, sólo por ser los astros redondos, se atrevieron á elevarlos á células los astrónomos de Norte América.

Por extravagantes que se les suponga, no es de presumir llegue á tanto, no ya el prurito soñador de estos sabios, sino su ignorancia. Aunque ésta fuese tan subida de punto en las primeras nociones de la teoría celular, ¿dejarían de saber que las células no son tales sólo por ser redondas? ¿Que, lejos de serlo todas, las hay tan poliédricas acaso como los cristales más complejos, y es tendencia general de todas ellas el irse desviando de la forma esférica, su tipo primordial, á medida que progresan en su desarrollo y se especializan y distinguen las funciones que están llamadas á cumplir? ¿Tan extraños habían de serles los rasgos más generales del proceso con que se forman los tejidos en animales y plantas que no supieran que las células vegetativas no tienen, al nacer, formas esféricas, sino mixtas de elementos planos y curvos, siendo ya este fenómeno una nota general que las distingue de las células reproductoras?

Sin que hayan dejado de atender á la forma; sin que negaran á este factor la trascendencia que alcanza cuando al interpretar su significación en cada caso se tienen á la vista principios generales y sanos, y no se cae en un criterio abstracto y mecánico, igualitario, que borra torpemente las natu-

rales jerarquías en que figuran los seres y sus productos; sin escapar al influjo que, con toda razón, debió ejercer en estos sabios la figura esferoidal de los astros, para pensar en unirlos también por ésta con las células, obedecieron antes, indudablemente, á superiores motivos, tomados del fondo mismo, de las propiedades esenciales que astros y células ofrecen en común, de la igual persistencia que alcanzan unos y otras, merced á una incesante mudanza de su materia y de su fuerza, del carácter cíclico, periódico, de sus evoluciones y fases: en una palabra, de toda la manera de ser, idéntica en ambos órdenes de seres. E iluminados por este fecundísimo análisis, vinieron luego, de seguro, á pensar en la comunidad de forma que tienen astros y células; concebidos ya éstos como organismos naturales, su forma esférica era casi un postulado, y á lo frecerla así, daban éstos un nuevo testimonio del acuerdo con las células ordinarias. Si no hubiesen partido de esta base primordial y firme; si les hubiese faltado principio á cuya luz interpretaran la trascendencia que debiera tener la comunidad de las formas sidéreas y celulares; si cegados por el criterio mecánico, que Virchow les imputa, hubiesen estimado iguales dos objetos por la sola igualdad externa de su forma, sin discernir antes si eran ó no racionalmente comparables unos y otros, de una misma jerarquía natural, seres ambos y organismos, por tanto, ó *productos* de seres los unos y *organismos* los otros (y entonces, imposibles de comparar ni de prestarse á inducción alguna por su forma exterior, que nada dice, si no son cordenados los objetos que la tienen igual); si tan descaminados hubieran ido estos astrónomos en el proceso de sus indagaciones, mucho mayor habría debido ser su despropósito. Cuantas gotas líquidas y vesículas gaseosas hay libres y dispersas en nuestro planeta; las concreciones todas redondas en que se informan minerales y rocas; cuantas formas esféricas se ofrecen en la tierra, *células*, ineludiblemente, las habrían llamado también; el derecho de tales cuerpos á llevar este nombre y merecer representación tan elevada, en nada habría cedido entonces al, por iguales títulos, reconocido á los astros.

No han caído en este absurdo. Vieron, como Carus, en ellos núcleos de vida, centros individuales, de donde irradian á todos lados y á donde llegan de todas partes fuerzas y materias; cuya incesante agitación se expresa luego en una forma adecuada, indiferente, casi igual en todas direcciones, mientras así se ejerce el dinamismo del astro naciente; polarizada luego en esferoides diversos, á medida que el influjo de los otros seres, y el que éste ejerce sobre ellos, es prepotente en un sentido y subordinado en el opuesto; más variada, todavía si más se complican estos antagonismos de fuerza y de materia; corriendo, en una palabra, por toda una serie dilatada de transiciones y cambios graduales, arrebatada en un flujo continuo, que es el reflejo fidelísimo de su constante vibración dinámica y su cambio material permanente.

Esto fué seguramente lo que vieron en los astros los astrónomos de América: lo que todos ven hoy, unos que lo dicen claramente, otros que así lo dejan entender; esto es lo que, por otra parte, vemos todos en las células, sea que lo declaremos en términos expresos, sea que lo lleven implícito, latente, algunas de nuestras expresiones, que quizá contradicen el fondo mismo de nuestro pensamiento, en éste como en otros casos de no menor importancia.

¿Erraron, al concebir así la célula y el astro, como Virchow supone? ¿Merecen su sarcasmo?

Para responder, preguntemos antes á la teoría celular, qué son las células, y á la astronomía qué son los astros. Pero no habremos de ceñirnos á la respuesta, en la forma misma en que la den estas ciencias; antes nos ha de ser lícito discernir lo que parecen responder, de lo que en realidad responden, y salvar, hasta donde podamos, los vacíos y contradicciones que hemos de hallar en sus respuestas.

(Continuará.)